

PREFACIO DEL AUTOR

Esta sencilla exposición no se ha escrito con la intención de sumarse a las muchas exposiciones críticas de esta porción de las Escrituras. Para esta tarea el autor carece del conocimiento y la habilidad necesarios. El propósito ha sido querer presentar al lector un devocional sencillo, sin darlo a las críticas, confiando en que le sea de ayuda espiritual para incentivar la meditación sobre las últimas palabras del Señor.

Hemos escogido el título *Las últimas palabras* porque creemos que es lo bastante amplio como para contener la última oración y los discursos del Señor. En ellas la voz de Jesús pervive a través de los siglos, igual de nueva hoy como lo fuera en el aposento alto de Jerusalén. Una voz humanamente intensa en sus tonos de empatía y afecto, pero no menos divina en revelación y autoridad.

Si con ello conseguimos atraer a los hijos de Dios hacia Aquel cuya voz oímos en las últimas palabras, no la habremos escrito en vano.

JUAN 13

El inicio de este capítulo trece nos introduce en los últimos discursos de nuestro Señor. Presenta ante nosotros la ocasión que hace suscitarse sus palabras de despedida, la necesidad que tenían los suyos de escucharlas y el motivo que llevó al Señor a expresarlas.

La ocasión fue que finalmente su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre. En el transcurso del camino terrenal de nuestro Señor, oímos hablar de otras horas. En Caná de Galilea había dicho a su madre: «Aún no ha llegado mi hora» (la hora de su manifestación en gloria al mundo). En Juan, capítulo 5, leemos: «Llega la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán» (la hora de su gracia a los pecadores). En presencia de la enemistad del hombre, leemos en dos ocasiones: «Nadie puso sobre él la mano, porque aún no había llegado su hora» (la hora de sus sufrimientos). Pero la hora que introduce las palabras de despedida tiene otro carácter, y aunque no es la hora de su gracia a los pecadores ni la hora de sus sufrimientos por ellos, tampoco es la hora de su manifestación gloriosa al mundo, sino la de su regreso a la gloria con el Padre, al amor y la santidad de su casa.

Los discípulos, que iban a ser dejados en un mundo de corrupción que aborrecía al Padre y rechazaba a Cristo, tenían que ser guardados del mal y seguir gozando, no obstante, de la comunión con Cristo en el hogar de amor y santidad del Padre, por lo que necesitaban este último ministerio de gracia con el consuelo, las enseñanzas y las advertencias que conlleva.

Veamos cuál fue el motivo que llevó al Señor, en este último acto de gracia, a pronunciar estas palabras de despedida y a ofrecer la última oración. Si la ocasión era la partida al Padre, el motivo fue su amor por los suyos. Jesús se va de este mundo, pero se quedan en él los que el Señor se deleita en llamar «los suyos». Ellos son una compañía de creyentes en la tierra que pertenece a Cristo en el cielo. Son el fruto de Su obra, aquellos que el Padre le ha dado. Puede que no sean muy valiosos a los ojos del mundo, pero son tenidos en grande estima delante del Señor. «Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin». Al abandonarlos, no iba a dejar de amarlos. Cuando el amor humano disminuye, nosotros, en nuestros círculos más íntimos, solemos olvidarnos de los demás: nos alejamos de unos y otros y perdemos el interés por la gente. El profeta nos dice que una mujer puede incluso llegar a olvidar a su hijo, pero el Señor añade: «Aunque estas lleguen a olvidar, yo nunca me olvidaré de ti» (Is 49:15). Y a pesar de que el Señor deja este mundo, no olvidará a los suyos ni cesará nunca de amarlos. Nuestros corazones pueden llegar a albergar resentimientos hacia él y nuestras manos flaquear a la hora de querer hacer lo que es correcto, descarriando nuestros pasos, pero de una cosa podemos estar seguros: él nunca nos fallará. Su amor nos llevará y nos cuidará hasta el fin, y al final nos recibirá en aquel hogar eterno donde no habrá corazones fríos ni manos caídas ni pies que se descarrían.

Así pues, al acercarnos a las últimas escenas del Señor en compañía de sus discípulos para contemplar el último acto, escuchar las últimas palabras y la última oración, acude a nuestra mente la ocasión que suscitó este último ministerio, la necesidad imperante que había de enseñarlo y el amor que lo inició.

Antes de entrar en los detalles de los últimos discursos, pueden sernos de ayuda unos pensamientos que sugieran el carácter general de las verdades que se presentan y el orden en

que son reveladas. Veremos en el capítulo 13 a los discípulos sobre una base de relaciones nuevas, en la que deben lavarse los pies entre sí y mostrarse su respectivo amor. En el capítulo 14, las relaciones que se establecen son entre ellos y las Personas divinas: el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo. En el 15, los discípulos deberán mostrar al círculo cristiano estas relaciones que los caracterizan, a fin de poder llevar fruto para el Padre y testificar de Cristo a un mundo del que él se ausentará. En el capítulo 16, reciben instrucciones para lo venidero en un camino a través de un mundo hostil que los odia, no los comprende y los persigue.

En el capítulo 13 son lavados los pies de los discípulos; en el 14, sus corazones reciben consuelo, y en el capítulo 15 se abren sus labios en testimonio. En el 16 sus mentes reciben la enseñanza para no desfallecer a causa de la persecución que pudieran sufrir.

Más adelante veremos que hay un carácter progresivo en esta enseñanza. La verdad contenida en un capítulo nos prepara para una nueva revelación en el siguiente. El servicio de Juan 13 prepara a los discípulos para la comunión con las Personas divinas, como vemos en el 14. La comunión con estas Personas dentro de su esfera —la de un lugar íntimo— prepara a los discípulos para dar fruto y testimonio en el mundo (la esfera externa), como apreciamos en el capítulo 15. En consecuencia, el fruto y el testimonio de Juan 15 conducen a la persecución, respecto a la cual el Señor prepara a los discípulos con la verdad de Juan 16. Sin embargo, la revelación de estas verdades no es suficiente para guardarlos como los representantes de Cristo en el mundo. Van a necesitar la oración. Con la oración al Padre en Juan 17 concluyen los discursos.

El lavamiento de pies

Jn 13:2-17

Llegó un punto en que el Señor no podía continuar siendo el compañero de los discípulos en Su peregrinaje por la tierra. Pero desde el nuevo lugar en el cielo no dejará de servirlos. En las siguientes escenas de los versículos 2 al 17 tenemos un acto de gracia que, si bien da por concluido el servicio amoroso del Señor por los suyos, predice Su futuro servicio a ellos cuando tome un nuevo lugar en la gloria. Si personalmente no puede tener parte con nosotros en el camino de la humillación, hará posible que tengamos parte con él allí arriba. Este es el significado que juzgamos que tiene el misericordioso acto del lavamiento de pies. Durante toda su vida perfecta, la mente de Cristo Jesús se despojó de sí misma en el servicio de amor hacia los demás, y en este último acto, consciente de la negra sombra de la cruz, el Señor continúa despojándose para servir a los suyos.

Los versículos 2 y 3 son introductorios de este humilde servicio. Por una parte, nos muestran la profunda necesidad de que sea llevado a cabo, y por otra la disposición del Señor para acometerlo.

La necesidad del lavamiento de pies se manifiesta en que los discípulos van a ser dejados en un mundo donde el diablo y la carne forman una combinación de mortal hostilidad hacia Cristo. La referencia a la traición de Judas en esta escena del comienzo, y la negación de Pedro poco después, demuestran perfectamente que la carne, ya sea del pecador o del redimido, solo es el material del que se sirve el diablo. La indulgencia de dejarla sin juzgar abrió la puerta del corazón de Judas a las insinuaciones del maligno, lo que nos lleva a entender que, si la traición cometida a un amigo en virtud del amor que se tiene hacia otra persona es algo compulsivo en el hombre

natural, el deseo que se adueña del corazón para satisfacer su codicia le hace albergar pensamientos extraños a la propia naturaleza, y estos provienen del maligno.

No es de extrañar que ante esta manifestación horrible del poder de la carne y del diablo, la perspectiva de ser abandonados en un mundo malo llenara de temor el corazón de los discípulos, con la carne dentro de uno y el diablo fuera. Pero enseguida nuestros corazones son sustentados al ser dirigidos de la carne y el diablo a Cristo y el Padre, sabiendo que el Padre ha puesto todas las cosas en manos del Hijo. Hay un gran poder a disposición del diablo, que nos odia, pero todo el poder está en las manos de Cristo, que nos ama. No solo se ha dado a Cristo todo el poder, sino que se dirige además a un lugar de poder: vino de Dios y se iba a Dios.

Sintiendo con las más perfectas sensibilidades la traición de un falso discípulo y lo próxima que estaba la negación de otro, se condujo con la conciencia de que tenía todo el poder y que se iba a dicho lugar. De igual forma quiere que pasemos por un mundo de maldad conscientes de que él tiene aún este poder y que está en el lugar exacto para ejercerlo. En la siguiente escena, el Señor no solo está en un lugar de poder pleno, sino que nos hace saber que se complace en utilizarlo por nosotros. Quien sustenta el poder es todo amor en el corazón, y el resultado viene a ser que, impulsado por un corazón amoroso, toma en sus manos los pies sucios de los cansados discípulos. El que es Señor de todo se convierte en siervo de todos.

vv 4-5. Para realizar este servicio de gracia, se levanta de la cena pascual —que habla de su asociación con nosotros en las glorias del reino (Lc 22:15-16)— para ir a hacer posible nuestra comunión con él en las glorias del cielo. En la perfección de su gracia, el Señor se ciñe para el último acto de servicio, y echando agua en el lebrillo empieza a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla que llevaba ceñida.

vv 6-7. «Llegó, pues, a Simón Pedro». Si hay quienes aceptan el servicio del Señor con un silencio inusitado, Pedro, impelido por su fuerte carácter, da rienda suelta a sus pensamientos. Tres veces habló y tres veces demostró su ignorancia de la mente del Señor. Con palabras que menospreciaban el servicio humilde de Jesús, a continuación expresó un completo rechazo por este servicio, y por último se sometió impulsivamente a él pero de una forma que anulaba su profundo significado. Alguien dijo una vez: «Si somos reprendidos gracias a los errores de los discípulos, también somos enseñados con las respuestas que los corrigen». En la contestación del Señor vemos el profundo significado espiritual de este último acto.

Pedro no podía comprender que el Señor de gloria se rebajara a lavar los pies de aquellos díscolos. Por eso, lo primero que dijo fue: «Señor, ¿tú me lavas los pies a mí?», pero él le contesta: «Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, mas lo entenderás después». Vemos que en aquel momento los discípulos no tenían la posibilidad de entender el significado espiritual de esta acción, pero a partir del instante en que llegara el Espíritu todo se aclararía. El Señor no lo hizo, como suele pensarse, para enseñarles una humilde lección con un acto de suprema humildad, ya que no pasaría mucho tiempo antes de que Pedro llegara a discernir la sumisión a él y sus propias palabras dieran a entender que lo que más le ejercitaba en esos momentos era la humildad del Señor.

v 8. Inmutado por la respuesta de Jesús, que había querido avisarle de que guardara silencio hasta recibir más luz, Pedro sigue adelante: «No me lavarás los pies jamás». En su paciente gracia y pasando por alto este desaire, el Señor corrige su impulso: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo». Ahora que el Espíritu ha sido dado, vemos que esta respuesta concisa revela el significado espiritual del lavamiento de pies, y viene a simbolizar el servicio actual del Señor con el cual quita de nuestros espíritus todo lo que impide tener parte con él.

Observemos que no dice «parte en mí». Desde luego que el servicio del lavado de los pies es inestimable, pero no puede asegurarnos nunca la parte en Cristo, pues para ello se precisaba la obra de la cruz, que una vez cumplida no puede volver a repetirse. Por medio de esta gran obra, el creyente tiene asegurada para siempre su parte en Cristo. El lavamiento de pies es la presentación simbólica, en la tierra, de un servicio que continúa en el cielo y permite a los creyentes mantener allí la comunión con Cristo. ¿Acaso «parte conmigo» no significa poder tener comunión con él en esa escena santa y afectuosa de la casa del Padre? He aquí, pues, el hecho bienaventurado de que el Señor se acerca para tener comunión con nosotros en nuestros hogares, como en aquella ocasión en que entró en la casa de Emaús; pero poseer su parte conlleva el pensamiento aún más feliz de tener comunión con él en Su casa, como con los discípulos la noche que encontraron al Señor en Jerusalén en medio de los santos reunidos. ¿No presentan las palabras del Señor esta misma verdad con relación a Laodicea: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo»?

Parece ser que el lavamiento de pies no es exclusivamente un símbolo del servicio de nuestro Señor como abogado, ni de su gracia intercesora, si bien participa de la naturaleza de ambas funciones. La obra mediadora del Señor tiene presente nuestras flaquezas, y la abogacía trata con pecados reales. El lavamiento despierta nuestra alma dormida y aviva los afectos apagados, que en medio de los quehaceres diarios pueden enfriar la comunión con Cristo. El cansancio y la debilidad del cuerpo pueden impedir que seamos sus testigos, por eso la gracia intercesora se muestra activa para apoyarnos en nuestras debilidades. Podremos venirnos abajo y pecar, dejar de ser aptos en el testimonio cristiano, pero entonces el Abogado vendrá a restaurarnos el alma. Si a pesar de todo —y aunque no haya nada que hable a la conciencia— nuestro afecto se enfría, se creará un serio obstáculo en la comunión, por lo que entonces cobra sentido el servicio del lavamiento para quitarlo de en medio. Sin embargo, hay otra diferencia entre la abogacía y el lavamiento: mientras que aquella restaura nuestras almas a la posición en la que estamos, este restaura nuestro espíritu a la comunión con Cristo en la posición donde él se encuentra.

En los días del peregrinaje de Israel, era deber de los sacerdotes lavarse los pies antes de entrar en el tabernáculo. Aunque eran aptos para el pueblo, el campamento y el desierto, tal disposición en presencia del Señor solo podía conseguirse con el lavamiento de los pies. Para este propósito se encontraba la fuente situada frente a la puerta del tabernáculo (Éx 30:17-21; 40:30-32).

vv 9-11. ¿Cuál es entonces la naturaleza de este servicio simbolizado por el lavamiento de pies? La respuesta a la primera objeción de Pedro demuestra que contiene un significado espiritual. La respuesta a su segunda objeción nos habla de una finalidad, y con la contestación a su tercera y última objeción se indica de manera más diáfana la naturaleza o la forma del servicio. Después de entender algo mejor la bendición que supone el lavamiento de pies, Pedro se echa atrás en su admisión de que el Señor no le lavará nunca, e inducido por el verdadero afecto que le tiene, y su típica impulsividad, le dice: «Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza». Pese a que su salida de tono pueda revelar cierta ignorancia, en realidad expresa un afecto que valora la parte con Cristo. El Señor le responde: «El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio».

El efecto purificador de la palabra de Dios en las Escrituras se utiliza como símbolo frecuente del agua. En la conversión, la Palabra es aplicada por el poder del Espíritu y eso provoca un profundo cambio al comunicar una naturaleza nueva que altera completamente los pensamientos, las palabras y las acciones del creyente, un cambio que el Señor explica con *todos lavados*. Esta transformación no puede volver a repetirse, pero aquellos que están lavados sí

pueden notar desánimo en su espíritu. De la manera en que la suciedad del camino se adhiere a los agotados pies del caminante, el creyente, que está en contacto con la rutina diaria, las obligaciones del hogar y las presiones de la vida laboral, experimenta de igual forma, en su continuo conflicto con el mal, el cansancio de espíritu, y ve que la comunión con las cosas de Cristo es estorbada. No se trata de que haya hecho algo de lo que su conciencia le reprenda, instándole a la confesión y a la obra mediadora del Abogado, sino que su espíritu está cansado y necesita ser fortalecido con el mismo vigor que Cristo se complace en darle si anda cogido de su mano. Mirar a él suministrará fuerzas al alma, y por medio de la Palabra se presentará a nosotros con todas sus perfecciones. Con las respuestas que el Señor, por gracia, da a Pedro, conocemos el carácter espiritual de este servicio, su finalidad y el modo en que se lleva a cabo.

Pero allí había alguien para quien no significaba nada, puesto que el Señor dice: «Vosotros estáis limpios, aunque no todos». Como sabía quién le iba a entregar, dijo también lo siguiente: «No todos lo estáis». El traidor nunca había sido lavado del todo; no estaba regenerado, y por eso nunca iba a sentir la necesidad de conocer el novedoso servicio de gracia del Señor.

vv 12-17. Habiendo terminado el servicio y volviendo a tomar su asiento a la mesa, el Señor da más indicaciones en cuanto al lavamiento de pies. Aunque es esencialmente un servicio personal, tiene sin embargo tal naturaleza que puede hacerse con la intercesión de otros. De esta manera nos pone en la obligación, dado que lo tenemos como privilegio, de lavarnos los pies recíprocamente, un bendito servicio realizado sin el ánimo de querer corregir a los demás —por necesario que sea en ocasiones— y mucho menos por querer encontrar la falta ajena, sino para ministrar a Cristo los unos a los otros, ya que solo un ministerio cristiano traerá vitalidad al alma cansada. Años después de la escena del aposento alto, Pablo nos cuenta que una de las virtudes de una viuda piadosa es la de lavar los pies de los santos (1Ti 5:10). Eso no quiere decir que al hacerlo se limitaba a recriminar el mal o a corregir las faltas de los demás, sino que ofrecía refrigerio a los espíritus desmayados de los santos que llegaban con un ministerio de Cristo. ¿No lavó Onesiforo los pies del apóstol Pablo y dice este de él que «muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas» (2Ti 1:16)? ¿No cumplió Filemón con esta obligación para con sus hermanos, de modo que Pablo dijo «por medio de ti, oh hermano, han sido confortados los corazones de los santos» (Fl 1:7)? ¿No lo estaba llevando a cabo el mismo Señor cuando habló de noche a su fatigado siervo Pablo, diciéndole «no temas, porque yo estoy contigo» (Hch 18:9,10)?

El lavamiento de pies no solo administra refrigerio al alma cansada, sino regocijo al corazón del que desempeña este servicio. Dice el Señor: «Si sabéis estas cosas, dichosos sois si las ponéis en práctica».

La salida del traidor

Jn 13:18-30

Para recibir comunicaciones espirituales se requiere tener una condición espiritual. A este efecto se precisaba el lavamiento de pies, con la intención de preparar a quienes querían escuchar las últimas palabras del Señor, tan ricas en consuelo y verdades divinas. Estaba presente con ellos alguien que no había sido todo lavado, al que el lavamiento de pies no causaría ningún efecto y para quien las enseñanzas del Señor no iban a significar nada. La presencia de Judas, que urdía en el corazón la traición que estaba por llegar, arroja su negra sombra sobre la pequeña

compañía. Antes de que el Señor diera las últimas enseñanzas, e incluso antes de que pudieran ser recibidas por los discípulos, Judas debía salir del aposento alto y adentrarse en la noche.

vv 18-20. La manera como fue quitado de su centro demuestra la solicitud que mostró el Señor por los suyos. La traición, conocida largo tiempo por Jesús, es revelada con delicadeza a los discípulos. En el lavamiento de pies el Señor había hecho una alusión a Judas, que por lo visto pasó desapercibida a los once. Pero entonces dice con más claridad: «No hablo de todos vosotros; yo sé a quiénes he elegido». Había en aquel lugar un círculo íntimo de los compañeros escogidos por el Señor a los que revelaría los secretos de Su corazón; sin embargo, se encontraba presente uno que no tenía parte en aquel círculo escogido, alguien de quien la Escritura dice: «El que come pan conmigo levantó contra mí su talón».

Esta revelación podía significar, desde luego, un duro golpe para los discípulos y una prueba para su fe. Además, la razón incrédula podía alegar su ignorancia de que el traidor estuviese presente y que Jesús lo supiera, dudando así de que fuera realmente el Señor de la gloria, pero él desecha tales razonamientos y confirma la fe de los discípulos revelándoles con antelación la cercana traición: «Desde ahora os lo digo antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy». Mediante la traición de Judas, ellos iban a tener nuevas evidencias de que en realidad se trataba del gran YO SOY. Todos los que le conocen saben que para Él el futuro es lo mismo que el presente. Por una parte, la presencia y traición del conspirador no vulneran la gloria del Señor, y por otra la baja de uno que se contaba entre los doce no invalida la comisión del remanente. Esta comisión permanecerá con toda su fuerza, y el Señor dirá: «El que recibe al que yo envíe, me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe al que me envió». Considerando el terrible pecado de Judas, la gloria del Señor no es apagada y la comisión de los once permanece intocable.

vv 21-22. Se necesitará un recurso más para hacer ver a los discípulos la terrible realidad de esta revelación y expulsar a Judas de su centro. El Señor les cuenta claramente cuál es la naturaleza de este pecado y revela por fin al hombre que lo cometerá. Estas revelaciones acaban por conmover el espíritu del Señor: «Se turbó en su interior y dio testimonio, diciendo: de cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos llegan a saber, en un lenguaje que no se presta al error, que uno de ellos está a punto de traicionarle. Deben hacer frente al hecho terrible de que aquella ocasión que un mundo hostil estaba buscando —y que no la hallaba por causa del pueblo—, se estaba suscitando entre ellos en la persona de alguien que no temía a Dios ni a la gente, de alguien que se había hecho pasar por discípulo del Señor, que había sido día tras día su compañero, que había visto hacer todas sus obras de poder y había escuchado, sin aflorar ningún sentimiento en él, aquellas palabras de gracia y amor. Una revelación así perturbó el espíritu del Señor y dio origen a las preguntas que con mucha ansiedad se hacían los discípulos, mirándose unos a otros y dudando de a quién podía estar refiriéndose.

Pero con mirarse no conseguirían salir de este solemne trance.

v 23. El traidor está presente y se da cuenta al instante de que el Señor le descubre. Sin embargo, no manifiesta ninguna señal que le delate ante los demás, que se vuelven hacia el Señor buscando el alivio en medio de la tensión. Un discípulo muy cercano a Jesús se sienta a su lado y le pregunta. Conocido por el amor que Él le profesaba, Juan se reclina con absoluta confianza sobre su pecho. El hombre cuyos pies habían estado momentos antes entre aquellas manos apoya la cabeza en comunión íntima en el pecho de Jesús, como lícito resultado de un lavamiento efectuado por unas manos amorosas.

vv 24-25. Simón Pedro, el discípulo de acalorado corazón que parece insinuar continuamente y con maneras «yo soy el discípulo que ama al Señor», estaba sentado algo lejos

para preguntarle y le hace señas a Juan para que le diga de quién podía tratarse. Juan pregunta simplemente: «Señor ¿quién es?»

v 26. El Señor enseguida responde: «Aquel a quien dé este pedazo de pan que voy a mojar en el plato». (Hay quien ha señalado que la fuerza expresiva de las palabras del Señor queda algo oscurecida en nuestra versión de Reina-Valera. No es «este pedazo» sino «el pedazo», en referencia a un hábito determinado de ofrecer a un huésped distinguido el bocado más suculento de la fiesta, especialmente preparado para él). El Señor reafirma sus palabras al darle el bocado a Judas Iscariote, y así no solo queda vaticinada la traición, sino que el propio traidor es puesto en evidencia.

v 27. La codicia había abierto una vía en el corazón de Judas para las insinuaciones del diablo, que toma posesión de él. Si quedaba algún resquicio de vergüenza en la conciencia de Judas, algún sentimiento que le hiciera encogerse ante al pecado que iba a cometer, todo queda oculto bajo un manto de silencio. Satanás entra en él y a partir de ese momento, sin dudar, Judas viene a ser el instrumento impotente de sus designios, llegando a un punto sin retorno. El Señor tiene que decirle: «Lo que vas a hacer, hazlo más pronto».

vv 28-30. Atónitos como quedaron los once, al parecer, por esta terrible revelación, no llegan a entender el significado de las palabras de Jesús, pues al haberle confiado a Judas la bolsa para la fiesta, el juicio que ellos se forman es que le estaba diciendo que se apresurara a cubrir las necesidades para la celebración o a aliviar la situación de los pobres. Pero él sí le entiende, dado que la presencia del Señor se vuelve insufrible para este energúmeno y tan pronto como prueba el bocado se levanta, y sin mediar palabra sale al exterior, a la noche, para acabar de pasar momentos después a otra noche aún más negra y de la que ya es imposible volver.

Se suele observar en cuanto a esta escena solemne que no hay ninguna denuncia contra Judas, que no recibe ningún reproche ni orden alguna de abandonar el lugar. Nadie le pide marcharse de allí, pero la presencia del falso es descubierta. Sin nombrar al autor se vaticina el pecado que está a punto de cometer, y en medio de un silencio sobrecogedor abandona la luz demasiado escrutadora de una Presencia santa que le resulta insufrible y sale a la noche que no aguarda su alba. Recordemos que si no fuera por la gracia de Dios y la preciosa sangre de Cristo, todos y cada uno de nosotros habríamos seguido a Judas en la oscuridad.

Dios glorificado en Cristo

Jn 13:31-38

La negra sombra que envolvía a la pequeña compañía se disipó con la salida de Judas. El agitado espíritu del Señor respiró tranquilo y cesaron las preguntas de los discípulos. Las palabras «luego que salió» introducen un cambio de escena. Judas abandonaba la luz del aposento alto y pasaba a las tinieblas del mundo exterior. La luz brilla con tanta más intensidad una vez que ha salido, del mismo modo que las tinieblas exteriores toman más cuerpo al notar su presencia. La puerta que se cerró tras el traidor rompió el último vínculo entre Cristo y el mundo. El aire se vuelve más respirable, y en soledad con los discípulos el Señor tiene libertad para revelarles los secretos de Su corazón.

vv 31-32. El señor parte para ir con el Padre y los suyos serán dejados como testigos de Cristo en un mundo que le ha rechazado. En el curso de estos últimos discursos, los discípulos entrarán en contacto con el cielo (v14), recibirán enseñanza acerca de dar fruto en la tierra (v15) y serán fortalecidos para resistir la persecución del mundo (v16). Estos privilegios y honores tan altos

requieren una obra preliminar de parte de Cristo que ha de preparar mientras sigue con ellos. El discurso se inicia con la presentación de Dios glorificado en el Cristo terrenal, y con él glorificado como Hombre en el cielo; y con los santos, que son dejados en la tierra para glorificarle. Estas grandes verdades preparan el camino para todas las sucesivas revelaciones.

Todo tipo de bendiciones dadas al hombre, al cielo y a la tierra a lo largo de las edades eternas, se sustentan en las verdades fundamentales del comienzo de este discurso. El Señor se presenta como Hijo del Hombre, y en relación con este título anuncia tres verdades de una importancia capital. En primer lugar, «Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre»; después, «Dios ha sido glorificado en él»; y por último, «Dios le glorificará en sí mismo».

No nos daremos ninguna prisa por avanzar. Antes conoceremos el profundo significado de estas verdades, y si tomamos posesión de ellas por la fe formarán en el alma una sólida base que nos hará crecer espiritualmente y seremos bendecidos.

«Ahora es glorificado el Hijo del Hombre». Tenemos ante nosotros la perfección infinita del Salvador. Es una referencia a sus sufrimientos en la cruz que afirma que en ellos el Hijo del Hombre es glorificado. Glorificar a una persona es ver exhibidas todas las cualidades que le exaltan, y en la cruz se exhibieron las infinitas perfecciones del Hijo del Hombre como nunca lo habían sido.

En el capítulo 11 de Juan leemos que la enfermedad de Lázaro era para la gloria de Dios y para que el Hijo fuese glorificado por medio de ella. En aquel entonces, la gloria del Hijo de Dios se exhibió cuando resucitó a un hombre de la muerte, y en el asunto que ahora nos ocupa, la gloria del Hijo del Hombre avanza hacia ella. El poder sobre la muerte hace exhibición de la gloria del Hijo de Dios, y el sometimiento a la misma exhibe la gloria del Hijo del Hombre.

Como contestación al deseo que tenían los gentiles de ver a Jesús, dijo: «Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado». El Señor había anticipado las glorias del reino, pero aquí habla de las glorias de la cruz, mucho más profundas e insondables. En el futuro, recibirá como Hijo del Hombre el dominio y la gloria y el reino eterno, cuando en aquel día brillante toda la tierra se llenará de su gloria (Dn 7:13,14; Sal 72:19). Aun así, las glorias excelentes del reino venidero no superarán, ni mucho menos igualarán, sus más profundas glorias como Hijo del Hombre en el madero. La gloria de su trono terrenal es superada por la gloria de la vergonzosa cruz. El reino exhibirá sus glorias oficiales, mientras que la cruz es un testimonio de sus glorias morales. En el tiempo de su reinado todos los imperios le servirán y obedecerán, siendo sometidas todas las cosas a él, mientras que en el tiempo del sufrimiento todo se había basado en la condición de hombre obediente y humilde. Cada huella del camino testificó de sus glorias morales imposibles de ocultar, pero en la cruz brillaron con total esplendor. Aquel que aprendió la obediencia en cada paso que dio fue finalmente probado por la muerte y hallado obediente hasta la cruz. La perfecta sujeción a la voluntad paterna, que fue lo que distinguió su camino, no puede por menos que exhibirse en su plenitud en las cercanas sombras del madero, momento en el que dijo: «Hágase tu voluntad». Cada una de sus pisadas fue un testimonio del perfecto amor al Padre, pero el testimonio supremo de este amor lo vemos cuando al tener la cruz en perspectiva, dijo: «Para que el mundo conozca que amo al Padre, actúo como el Padre me mandó». Su naturaleza santa no se vio mancillada porque el mundo de pecado que atravesó no la pudo mancillar. Brillaba con total perfección en el momento en que ya anticipaba la agonía de tener que ser hecho pecado: «Si es posible, pase de mí esta copa».

Con toda razón, sus glorias morales, obediencia y sujeción, amor, santidad y toda otra perfección tienen la manifestación más brillante en la cruz, donde se cumplieron las palabras del Señor: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre».

Esta primera afirmación nos da la seguridad de la infinita perfección del Hijo del Hombre, nuestro Salvador, del que glorificó a Dios como el gran sacrificio propiciatorio. Cuanto antes nos apropiemos del significado de esta afirmación sobre las perfecciones de Jesús, antes apreciaremos lo mucho que podemos confiar en él. Al tener ante nosotros dichas perfecciones, nadie podrá decir que había siquiera el más mínimo error en él que hiciera imposible poder estar confiados. Cuando se muestran completamente a la luz, le revelan como alguien totalmente hermoso, y con cada uno de los rasgos que le hacen merecedor de nuestra confianza. Dirigimos la vista al Hijo del Hombre en la cruz y le vemos glorificado a causa de las infinitas perfecciones que exhibe, por lo que ya estaremos preparados para la segunda afirmación:

«Dios es glorificado en él». Todos los demás habían deshonrado a Dios, pero al final hay quien no lo hizo: el Hijo del Hombre. Moralmente perfecto y capaz de llevar a cabo una obra que glorificara a Dios, debía por ello ser hecho pecado y bajar al lugar de la muerte. Los cielos declaran la gloria de Dios como Creador, todo su poder y sabiduría infinitos, pero no pueden declarar la gloria de su Ser moral. Para que eso sucediera, el Hijo del Hombre debía sufrir y hacer llegar hasta él la exaltación de sus atributos. Con la cruz es vindicada la majestad divina, su verdad es mantenida y vemos su justicia en el juicio sobre el pecado. La santidad que demandaba dicho sacrificio, y el amor que hizo provisión de él, brillan con total esplendor. El Hijo del Hombre ha glorificado a Dios con sus sufrimientos.

Esta obra magna nos lleva hasta la verdad de la tercera afirmación:

«Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará». Si Dios ha sido glorificado en Cristo, nos dará una prueba eterna de su satisfacción con lo que hizo. Cristo glorificado como Hombre en la gloria es la única respuesta adecuada a su obra en la cruz, constituyendo además la prueba eterna de la satisfacción divina con dicha obra.

En la primera afirmación vemos la perfección del Hijo del Hombre. En la segunda afirmación, la perfección de su obra, y en la tercera tenemos la perfecta satisfacción de Dios con ella. Nosotros tenemos un Salvador perfecto que ha hecho una obra perfecta para la perfecta satisfacción de Dios. Otros pasajes de las Escrituras nos dicen que este Salvador, su obra perfecta y la perfecta satisfacción divina se hallan a disposición de todo el mundo, por cuanto «se dio a sí mismo en rescate por todos». La perfecta satisfacción de Dios en Cristo y su obra le permiten exclamar: «Por medio de este hombre se os anuncia perdón de pecados».

v 33. La glorificación del Hijo del Hombre implica tener que separarse de los discípulos. El Señor, con un entendimiento perfecto, comprende el dolor que llena sus corazones ante el pensamiento de que van a ser privados de Aquel a quien han aprendido a amar. Una y otra vez les referirá la inevitable partida con un tacto humanamente tierno, y preparará sus corazones ante la futura separación de aquella comunidad terrenal (cp Jn 14:4,28,29; Jn 16:4-7,16,28).

Anteriormente, el Señor nunca se ha dirigido a los discípulos como «hijitos». En el idioma original es una palabra de cariño que denota empatía. Así, con tierna solicitud aborda la cuestión de la cercana partida. Todavía estaría con ellos un poco de tiempo. Regresaba a la gloria por un camino que nadie más podía recorrer, pero iban a poder recorrerlo más adelante, mediante el padecimiento como mártires, aunque no podían ir a la muerte en el modo que el Señor la

experimentaría, es decir, como un castigo por el pecado. Era un camino del que el Señor dice: «Adonde yo voy, vosotros no podéis venir».

vv 34-35. Esta partida significaba que los discípulos serían privados del lazo fuerte de la presencia del que ellos amaban. Por ello mismo, les da un mandamiento nuevo. Se ha dicho que el Señor habla aquí de este nuevo mandamiento contrastándolo con el antiguo precepto que tan bien conocían los discípulos judíos: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». El mandamiento nuevo era: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado». Cristo amó con un amor que, si bien no se mostró nunca indiferente ante el mal, sí redujo su poder. Amándonos unos a otros, conforme al modelo del gran amor de Cristo, no sufriremos ver el mal en otra persona, sino que hallaremos la manera de tratar con ella sin dejar de amarla. Nada que no sea el lazo del amor y se ajuste al modelo divino podrá mantener unida una compañía de gente con personalidades tan dispares, rasgos bien diferenciados de carácter y distintos temperamentos.

Una compañía que destaca por este amor pasaría de forma tan inadvertida por una escena marcada por la ambición y el egoísmo que el mundo se daría cuenta enseguida de que alguien así debía de ser discípulo del Señor. El mundo no sabe apreciar la fe y la esperanza que posee el círculo cristiano, pero al menos puede ver y admirar, si no imitar, su amor divino y los resultados. Una compañía que se ama con un amor tan notable, conforme al modelo cristiano, se convertirá en testigo de Cristo en un mundo del que él está ausente, y siendo glorificado con el Padre en el cielo será glorificado sobre la tierra en los santos.

vv 36-38. La escena concluye centrándose en Pedro, pero con una advertencia a toda la compañía. Si los discípulos se quedaban para glorificar a Cristo, no debían olvidar que todos y cada uno de ellos tenía la carne siempre dispuesta a negarle. Simón Pedro parece hacer caso omiso del nuevo mandamiento, y pensando en la partida del Señor pregunta en un tono que se resistía a comprenderle: «Señor, ¿adónde vas?». Él le contesta: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, mas me seguirás después».

El Señor tenía que sufrir la muerte como mártir en manos de hombres malvados, pero algo más terrible para su alma santa era tener que enfrentarse a ella como Víctima llevada por la mano de Dios. Este era, en efecto, el camino que solo él podía emprender y Pedro no, pero con el paso del tiempo este discípulo tendría el honor de seguir al Señor en el camino del martirio.

Confiado en su amor por el Señor, Pedro afirma autocomplaciente: «Mi vida pondré por ti», pero recibe la solemne advertencia: «De cierto de cierto te digo, no cantaré el gallo antes de que me hayas negado tres veces». Si la carne del falso seguidor puede traicionarle, la carne del verdadero discípulo le negará. Jamás olvidemos que el amor del Señor triunfó por encima de la negación de Pedro, y como hemos leído, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin. Nosotros podremos negarle engañados por nuestra confianza en el yo, pero seguiremos siendo amados por el Señor, que no dejará que campemos a nuestras anchas.

JUAN 14

La escena solemne y las graves palabras de Juan 13 constituyen un buen prelude para el discurso de este capítulo. En el anterior hemos visto cómo ha quedado expuesta la total corrupción de la carne, tanto en el discípulo falso como en el verdadero. Si el Judas carnal prefiere una insignificante suma de plata antes que al Hijo de Dios, será capaz de entregar al Señor con la más vil de las traiciones y sacar partido de Su prueba de amor. Con Pedro aprendemos que la carne del creyente busca la credibilidad profesando el amor y la devoción a Cristo. El hombre carnal no es otra cosa que simple barro en manos del diablo, y cuando la carne de los santos no es juzgada se convierte en un material muy maleable para él.

Un mal insospechado en el círculo de los doce, la sombra de una pérdida mayor y la premonición de una negación, precipitaron el desastre en la pequeña compañía.

Uno de ellos, el que lo va a traicionar, ha salido a la noche. El Señor va donde ellos no pueden ir. Pedro pronto negará a su Maestro, y la pena, por no decir la confusión que siente el alma, acecha con fuerza en los atribulados corazones de los discípulos mientras la sombra de los sucesos venideros avanza sigilosamente hacia ellos.

Pedro, que hasta este punto había actuado imprudentemente, está ahora callado. En estos últimos discursos no vamos a oír más su voz. Por ahora todos permanecen en silencio ante la partida del Señor, que va a ser revelada, y ante la traición de Judas y la negación inminente de Pedro. Oímos en este punto la voz del Señor rompiendo el silencio con unas palabras que llegan al alma: «No se turbe vuestro corazón». Debieron de ser un bálsamo de consuelo infinito para los corazones de esta compañía abatida por el dolor, pero aunque el Señor hable solo a once, recordemos lo que alguien dijo una vez: «La audiencia es más numerosa de lo que parece». En primer plano están los once; detrás, la Iglesia universal. Los oyentes son hombres como nosotros que representan a otros. Son muy estimados por el Señor como personas, como demuestra Su lenguaje afectuoso, y unos valiosos representantes de todos los que han de creer en él por medio de la palabra de ellos.

Este discurso es extraordinario porque rezuma aliento y consuelo para los corazones turbados. Comienza con estas dulces palabras que poco antes de terminar volvemos a escuchar enteras: «No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo».

Los afanes de la vida diaria no son aquí el foco principal de estudio, aunque parezca que el Señor quiera aligerar de ellos el día a día con estos delicados términos. Se trataba del corazón desazonado que perdía a Aquel cuyo amor se había ganado el afecto de los discípulos. Un poco más adelante, el Señor les dice: «Ahora voy al que me envió... porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón». La desazón era la causante de que estos corazones satisfechos con la presencia de Cristo sintieran ahora, apenados por su pronta ausencia, el dolor de la prueba al ver que iban a ser dejados en un mundo malo.

Para curar esta desazón, el Señor nos eleva por encima del pecado de los hombres y del fracaso de los santos a la comunión de las Personas divinas, a las que nos une, por medio de la fe, con el lugar al que él ha ido. Nos establece en unas relaciones con el Padre en el cielo y nos pone bajo el control del Espíritu Santo en la tierra, y para consuelo de nuestro corazón las tenemos con cada una de las Personas divinas: el Hijo (1-3), el Padre (4-14) y el Espíritu Santo (15-26).

Mientras se suceden los discursos, veremos exhortaciones en cuanto a la manifestación de fruto y el testimonio en un mundo del que solo podemos esperar que nos aborrezca, nos persiga y nos cause problemas. Por esa misma razón somos llamados a hacer frente, en el plano exterior, a su enemistad, llevados a la comunión con las Personas divinas en una escena íntima. La comunión santa de ese hogar en nuestra intimidad nos dará la preparación necesaria para enfrentarnos a las pruebas del mundo exterior.

Los discípulos en su relación con Cristo

Jn 14:1-3

El discurso se inicia con las delicadas y conmovedoras palabras «no se turbe vuestro corazón». Solo el Señor podía pronunciarlas en gracia ante la solemnidad del momento. Justo antes había predicho la triple negación de Pedro, y por cuanto esta predicción iba precedida por las palabras «me seguirás más tarde», va seguida poco después por estas otras: «No se turbe vuestro corazón». Conociendo de primera mano la traición que había cometido Judas y la negación de Pedro, los discípulos tenían todos los motivos para sentirse consternados.

En esta primera parte del discurso, el Señor habla de tres cosas que pueden quitar del corazón nuestra turbación. En primer lugar, se presenta ante nosotros como el objeto de la fe en la gloria: «Creéis en Dios —creemos en el que jamás hemos visto y ahora el Señor se marchará de nuestra vista para pasar a la gloria—, creed también en mí». Como hombre en la gloria, él viene a ser nuestro recurso y áncora del corazón. Todo lo que es terrenal nos decepcionará y el mundo no dejará de tentarnos, como la carne, que mirará de traicionarnos, pero el Cristo glorioso seguirá siendo el recurso inagotable de nuestra fe. Como alguien ha dicho: «No existe consuelo duradero fuera de Cristo». Unos amigos cristianos leales y una familia que nos quiera, junto a una economía estable, buena salud y óptimas perspectivas de futuro, son todo producto de esta tierra y por ello abocado al fracaso, pero Cristo en la gloria es en quien la fe puede descansar y encontrar el recurso inagotable para su pueblo mientras dura la dilatada noche de Su ausencia.

v 2. Acto seguido, y a fin de consolar nuestros corazones, el Señor nos revela el nuevo hogar: «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, ya os lo hubiera dicho; voy pues a preparar lugar para vosotros». Además de tenerlo a él como único recurso en la gloria, tenemos la casa del Padre como nuestro hogar de residencia. Tomemos nota de que *mansiones* significa realmente moradas, es decir, un hogar del que nunca más saldremos una vez hayamos entrado, y allí es donde moraremos. En la tierra no tenemos ningún hogar permanente, somos peregrinos y extranjeros aquí. Nuestro hogar de morada está en la casa del Padre, donde hay muchas habitaciones. En la tierra no hubo sitio para Cristo y disponían de muy poco aquellos que le pertenecían, pero en la casa paterna hay sitio para todos los que son de él, grandes y pequeños. Si no fuera así, se lo habría dicho a los discípulos. No los habría reunido apartándolos de este mundo si en realidad no fuera para guiarlos a una escena de felicidad que conocía muy bien: la casa del Padre. En la cruz preparó a su pueblo para dicho lugar, y hacia allí iba, a fin de disponerlo todo en la gloria con su presencia.

Somos transportados de esta evanescencia terrenal hasta cruzar las escenas mutantes del tiempo para entrar en espíritu en un mundo mejor y encontrarnos con un hogar preparado en la casa del Padre.

v 3. El Señor pone ante nosotros, para consuelo de nuestros corazones, su venida para recibirnos en el hogar. Cuando sea oportuno, veremos otros pasajes que nos revelarán el orden de los acontecimientos relacionados con su venida, pero ahora nos fijaremos en lo que significa el gozo supremo de que él venga y dé por terminado nuestro peregrinaje en este desierto. Su venida curará todos los cismas del pueblo de Dios y reunificará a los santos dispersos y divididos. Pondrá fin al sufrimiento, a las pruebas y las labores denodadas de su pueblo. Nos sacará de una escena de tinieblas y muerte para mostrarnos la entrada a un hogar de luz, vida y amor. Y por encima de todo, nos introducirá en la compañía de Jesús para que gocemos de ella: «Os tomaré conmigo, para que donde yo estoy vosotros también estéis». ¿Qué sería el cielo si no estuviera Jesús? Sin duda alguna, será algo muy dichoso hallarnos en una escena donde «nunca más habrá muerte, dolor ni llanto», donde abundarán la santidad y la perfección, pero si Jesús no estuviera presente el corazón no estaría satisfecho. La felicidad suprema de su venida es que nosotros estaremos en su compañía. Mientras, nos acompaña por este mundo tenebroso y mortal, y en la casa del Padre estaremos con él en el hogar de vida eterna.

El más noble aspecto de su venida es el que también nos revela los anhelos secretos de su corazón. De las palabras del Señor se desprende un profundo deseo de querer tener a su pueblo para gozo y satisfacción propios. Tenemos nuestro tesoro en el cielo, pero su tesoro lo tiene él en esta tierra. Cristo se ha ido, mas su corazón sigue aquí, y si como alguien dijo esto es así, no se lo siente lejos. ¡Con qué consuelo llenan estos primeros versículos los corazones turbados! Cristo es nuestro recurso inagotable en la gloria. Allí tenemos un hogar que nos espera y un hombre que nos está aguardando.

Veamos también la bendición que resulta de las enseñanzas del Señor y lo poco que se asemejan a las maneras de enseñar del hombre. En breve nos instruirá en cuanto al viaje a través de este mundo y nos avisará acerca de las pruebas y persecuciones, pero antes nos revelará su fin glorioso. Deberíamos esperar a hablar de estos temas tan elevados al final del discurso, sin embargo el Señor utiliza una manera mejor y más perfecta de hacerlo. No dejará que hagamos el viaje solos por un mundo hostil hasta no haber dado la seguridad a nuestro corazón de que tenemos un hogar de residencia con él en la casa del Padre, pues quiere que caminemos guiados por la luz del hogar al cual esta conduce. Qué cierta es la afirmación de que la travesía por este valle muda de color cuando despuntan en el horizonte las primeras montañas.

Estas revelaciones trascendentales del mundo invisible son presentadas con palabras sencillas y muy familiares. Son verdades que dejan en su asombro a los más inteligentes, pero cualquier creyente sencillo puede llegar a comprenderlas.

Los discípulos en su relación con el Padre

Jn 14:4-14

El Señor nos ha presentado el final del viaje y ahora nos guiará para ver cuáles son nuestros privilegios mientras este dura. Los versículos que siguen nos dicen que tenemos una relación con el Padre. Todavía no hemos llegado a la casa paterna, pero es nuestro privilegio conocerle antes de entrar allí. Si somos llevados a conocer al Padre en el momento actual, es con motivo de que podamos tener acceso a él mientras cruzamos este mundo. El propósito de esta parte del discurso no es otro que el de conocer, ver y venir al Padre, de modo que seamos capaces de presentarle nuestras peticiones en el nombre de Cristo, lo mismo que si tuviéramos la feliz confianza de un niño.

vv 5-6. El Señor prepara la introducción de este tema con las palabras «sabéis adónde voy, y sabéis el camino». Con una idea muy distinta en la mente, Tomás comete el error de no

entender el significado de las palabras del Señor, y Él, contestando a la pregunta de cómo podemos saber el camino, le muestra claramente que está hablando de la persona a la que va, y no simplemente de un lugar. Cristo es el camino a esta Persona: el Padre. Es también el portador de la verdad paterna y de la vida en la que esta verdad puede disfrutarse. No existe otro camino al Padre, por eso dice el Señor: «Nadie viene al Padre, sino por medio de mí». Unas palabras llenas de profundo significado en un tiempo en que las personas rechazan los derechos del Hijo cuando hablan de la paternidad de Dios. Las palabras del Señor se adelantan a las inspiradas del apóstol, que tiempo después escribiría: «Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre» (1Jn 2:23).

v 7. Es igualmente cierto que conocerle es conocer al Padre. El Señor dice a los discípulos: «Si me conocieseis, también conoceríais a mi Padre; y desde ahora le conocéis y le habéis visto».

v 8-11. Felipe, igual que Tomás, no puede pensar más que en lo terrenal. Tomás pensaba en un lugar material, y Felipe no deja de hablar de lo que se puede ver y tocar, por eso dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». La respuesta que le dará pone de manifiesto que el Señor habla de la visión de la fe. Luego le pregunta para probarle: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?». Y afirma: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Poner la mirada más allá de las formas exteriores y ver al Hijo por la fe es ver en realidad al Padre, pues el Hijo es su perfecta revelación.

El mundo descreído no quiso ver al Hijo, todo lo que vieron fue al presunto hijo de José, al carpintero. Solo la fe podía ver en aquel Hombre humilde al Hijo Unigénito que vino a declarar al Padre, al único que habitaba en su seno y que podía revelarnos su corazón. Abraham nos dice que Dios es todopoderoso; Moisés, que es el eterno e inmutable YO SOY, pero ni él ni Abraham fueron lo bastante grandes para declararnos al Padre. Solo una Persona divina es lo suficientemente grande como para revelar a otra Persona divina. Así es como el Señor, acto seguido, declara la igualdad e identidad perfectas del Padre y el Hijo: «Yo estoy en el Padre y el Padre en mí». Su paso por este mundo no consiste en una simple relación paternofilial. Una vez vista por la fe la gloria del Hijo, todo se vuelve más fácil cuando se ve al Padre revelado en él. Porque es quien dice ser, igual en identidad con él, el Señor puede pronunciar sus palabras y hacer sus obras como revelación de lo que el Padre hace. La gracia y el amor, y la sabiduría y poder que brillaron en todas ellas nos revelan el corazón paterno.

vv 12-14. Siendo esto así, como el Hijo ha glorificado al Padre en la tierra dando a conocer su corazón con sus palabras, más glorificado ha de ser el Padre por el Hijo cuando este tome su lugar en lo alto y revele el corazón paterno a través de las obras mayores de los discípulos. También le glorificará respondiendo a las peticiones hechas al Padre en su nombre.

Llegados a este punto del discurso, el Señor termina de hablar de las experiencias y las obras que los discípulos han podido disfrutar mientras ha permanecido con ellos. Ahora pasará a hablarles de aquellas otras experiencias nuevas, profundas y poderosas después de Su partida. El cambio connotativo de este discurso viene marcado por «de cierto de cierto», expresión utilizada generalmente para introducir una nueva verdad. El Señor revela a sus asombrados discípulos la verdad nueva de que, después de la partida al Padre, el creyente hará las obras que Jesús hizo en persona, y lo más sorprendente aún es que hará obras todavía mayores.

El Señor relaciona esta gran exhibición de poder con su partida al Padre. Al regresar, lo hacía a la fuente de todo poder y bendición. Todos los recursos del cielo estarán disponibles para el menor en la tierra que cree en Cristo y ruega en Su nombre, gracias a la presencia intercesora de Cristo con el Padre. Estos versículos marcan una transición. Nos introducen en la historia de una joven Iglesia en el momento en que, terminado ya el ministerio de Jesús, llegaron a

congregarse miles de personas como fruto de la predicación de los apóstoles, que efectuaron muchas señales y maravillas entre el pueblo y la sombra de Pedro pasaba junto a los enfermos y los curaba. Los muertos resucitaban y Dios realizaba milagros por mano de Pablo, cuyas ropas sanaban a quienes se cubrían con ellas.

Este poder estaba presente para que la fe se expresara por medio de rogativas hechas en Su nombre. Como alguien dijo acertadamente: «Con las peticiones hechas en nombre de otro, se entiende que el que las expresa hace suyas sus demandas, sus méritos y suyo el derecho a ser escuchado». Cuando el Señor utiliza sus propias palabras, otorga este privilegio a quienes tienen una relación con él a través de la fe. Era algo nuevo para los discípulos pedir en el nombre de Cristo, así como el resultado que estaba produciendo con estos discursos la partida del Señor. Pedir en su nombre supone el hecho de considerarle ausente. La frase aparece cinco veces en los discursos.

En las palabras y obras de Jesús nosotros conocemos el corazón del Padre, y continuamos conociéndole con las obras mayores que los discípulos hicieron siendo dirigidos por el Señor desde lo alto. Conocemos el amor del Padre cuando vemos al Señor actuando por nosotros, como respuesta a nuestras peticiones pronunciadas en el nombre de Cristo.

En un mundo apartado de Dios, donde todos corrían en pos de sus intereses, él estaba unido al Padre en mente, propósito y afecto, hallando su deleite en hacer su voluntad. Convertido en Varón de dolores por un mundo de pecado, halló en el amor paterno un motivo de gozo constante y descanso ininterrumpido. Él quiere llevarnos a esta relación feliz con el Padre para que nosotros también tengamos nuestra alegría, descanso y gozo en el amor paternal.

Todo ha sido revelado en el Hijo. El amor del corazón del Padre, el propósito de su mente, así como la gracia abundante de su mano, han sido presentados en Cristo el Hijo. Todo ha sido igualmente revelado como nuestra porción para el momento actual. No vamos a tener una revelación distinta del Padre cuando entremos en el cielo de como la tenemos ahora, pues todo ha sido revelado en esta tierra. La única diferencia tal vez sea que ahora vemos como a través de un espejo, pero luego le veremos cara a cara. Lo que disfrutaremos plenamente en el cielo será lo que habremos tenido revelado en la tierra. Esperaríamos ver revelada la gloria de la casa del Padre ante nuestros ojos y quedar maravillados, pero lo que nos ha sido revelado es el amor de su corazón para que nuestros espíritus se gocen mientras estamos aquí, aunque nuestra débil fe haya dado pobres muestras de responder adecuadamente a esta revelación.

Los discípulos en su relación con el Espíritu Santo

Jn 14:15-31

Habiendo llevado los pensamientos de los discípulos del presente al futuro, el Señor procede a revelarles el segundo suceso que sería señal de los días venideros. El Señor no solo iba al Padre, sino que el Espíritu Santo vendría de él, y los prepara para los cambios trascendentales que van a ocurrir.

El Hijo regresará al Padre para tomar su lugar como Hombre en la gloria, y el Espíritu Santo vendrá a hacer morada en los creyentes como una Persona divina en la tierra. Estos dos sucesos extraordinarios son los que introducirán el cristianismo en escena y traerán a la Iglesia a la existencia, la sostendrán en su viaje por el mundo y la guardarán del mal, haciendo que lleve el testimonio de Cristo hasta que finalmente sea llevada a la gloria.

Aquí el Señor no revela la doctrina de la Iglesia ni cómo llegó a ser formada. Tampoco revela el testimonio que estará encargada de dar por medio del Espíritu. El momento para dichas revelaciones estaba aún por llegar. Lo que se trata aquí son las profundas experiencias espirituales que los creyentes gozarán cuando venga el Espíritu que está delante del Señor, y eso era lo que se ajustaba a ese momento. La idea de perder al que les era tan querido y cuya presencia habían gozado apenas sus corazones. El Señor habla entonces de la venida de otro Consolador, que no solo les quitaría ese sentimiento de soledad, sino que dirigiría sus corazones a un conocimiento mucho más íntimo y profundo del Maestro de lo que lo habían tenido en otro tiempo cuando estuvo con ellos. Estas experiencias gozadas por el Espíritu prepararán a los discípulos para que sean testigos de Cristo gracias al poder espiritual. ¿No suele ocurrir que nuestro testimonio de Cristo se debilita porque no gozamos lo suficiente de nuestra íntima relación personal con él, a la que solo el Espíritu sabe llevarnos? Tenemos intención de emprender nuestro servicio sin haber estado antes en el lugar secreto de comunión con el Padre y el Hijo. Lo que hace tan estimada esta porción del último discurso es la revelación de estas experiencias secretas, pues conforman una escena en la que el creyente entra acompañado de las Personas divinas para poder ofrecer, a su debido momento, un testimonio cristiano en el mundo de afuera.

v 15. No es menos sorprendente la manera en que el Señor introduce este tema de la venida del Espíritu Santo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». En el evangelio de Juan, hemos oído una y otra vez acerca del amor del Señor por sus discípulos. Ahora, y por vez primera, oímos del amor de los discípulos por su Señor. El don del Espíritu se relaciona con una compañía de gente que le ama y le obedece, para la que el Señor se deleita en rogar al Padre que les envíe un Consolador. ¿No son estas palabras indicativas de que las experiencias gozadas en el poder del Espíritu son únicamente conocidas por quien vive una vida de amor y obediencia al Señor? En los versículos anteriores, les habla de la fe y la oración (12-14). Ahora les hablará del amor y la obediencia. Por lo que da a entender, estas hondas experiencias espirituales a las que conduce el Consolador están ahí para aquellos que tienen la marca de la fe puesta en el Señor, quienes dependen de la oración presentada en Su nombre y poseen un amor de adhesión a él, una obediencia que se complace en guardar sus mandamientos. Estos son los grandes rasgos morales que darán provecho al alma con la presencia espiritual. No es suficiente tener el Espíritu morando en nosotros, también es necesario tener en nuestra vida un estado favorable de corazón.

v 16. Al comienzo del evangelio, Juan el Bautista nos dice que el Señor bautizaría con el Espíritu Santo. Más adelante, y en relación con la visita que el Señor hace a Jerusalén, nos dice claramente, bajo la figura del agua vivificante, que habló del Espíritu que recibirían un día aquellos que iban a creer, un don que no fue dado en aquel entonces porque Cristo no había sido glorificado todavía. Ahora ha llegado el momento en que va a serlo, y es una buena ocasión para revelar a sus discípulos la verdad de la llegada a la tierra de esta Persona divina.

Buscando la oportunidad del momento, el Señor habla del Espíritu Santo como el Consolador. Por grandes y diversas que sean las funciones del Espíritu, la de ofrecer consuelo es una que los discípulos precisaban en ese momento. El título de consolador tiene un significado demasiado profundo para ser ignorado. Según la acepción moderna de nuestro idioma, supone en efecto la muestra de empatía en el dolor. Su principal uso es el de que alguien está ahí para fortalecer, apoyar y dar ánimo. En el Consolador, los discípulos tendrían a alguien que estaría con ellos, fortaleciéndolos en sus flaquezas y confortándolos en el dolor.

El Señor habla del Consolador como de otra Persona, comparando de esta manera al que ya había venido con él, pues ¿no había estado con los discípulos dándoles apoyo, ánimo y consuelo? No solo los compara, sino que contrasta entre ambos. Había vivido con los discípulos pocos años, pero el Consolador lo haría para siempre. Más de un pasaje del Antiguo Testamento habla del Espíritu viniendo sobre determinadas personas y tomando durante un tiempo el control de sus vidas con algún propósito, pero el hecho de que una Persona divina llegara para morar siempre con ellos era un hecho inaudito.

v 17. Otro contraste entre Cristo, la Verdad, y la Persona que vendría, radica en que esta se trataba del Espíritu de Verdad. En Cristo vemos la verdad presentada de manera objetiva, pero por el Espíritu de Verdad se ha originado en nosotros una verdadera comprensión de todo lo que Cristo representa.

Siguiendo aún con este contraste, el Espíritu es quien el mundo no recibirá ni conocerá porque no le ve. Cristo se había encarnado y los hombres podían verle, siendo así presentado para que le recibieran. El Espíritu Santo no se encarnará ni será presentado como un objeto visible y conocido intelectualmente. Para el mundo significará, en el mejor de los casos, una vaga y etérea influencia, y para los discípulos será, al lado de lo que Cristo representa, una Persona que venga a morar con ellos cuando el Hijo que ahora los acompaña ya no esté.

vv 18-20. En estos pasajes, el Señor termina de hablar de la persona del Espíritu Santo para revelarles los efectos derivados de su presencia en el creyente. La partida del Señor para estar con el Padre, y la venida del Espíritu, no significa que ellos pierdan una Persona divina y ganen otra. Alguien ha dicho con razón: «La promesa no es ninguna sustitución, sino un medio que ratifica la seguridad de Su presencia». De este modo, el Señor dice a los discípulos que no los dejará huérfanos, que volverá a ellos. Se ha dicho también que cuando Cristo anduvo en la tierra, el Padre se hallaba cercano. Yo puedo decir entonces que no estoy solo porque el Padre está conmigo, y si el Consolador está aquí Cristo no puede andar lejos.

Si el versículo 18 nos dice que la venida del Espíritu hará que Cristo esté muy cerca de nosotros, los otros dos versículos dan la respuesta al creyente para el Cristo que ha de venir. El Señor expresa finalmente cuáles son los temores del creyente con las siguientes palabras: *vosotros me habéis visto, viviréis y conoceréis*. El Espíritu Santo no vendrá para hablar de sí mismo y hacernos estar ocupados con él, ni para crear un culto del Espíritu, sino para guiar el alma a Cristo. Faltaba muy poco para que el mundo no le viera más, pero aunque se hubiera apartado de su vista continuaría siendo el objeto de la fe para el creyente. Cristo vendría a ser para el mundo una figura histórica que vivió una hermosa vida y murió como mártir; para el creyente continuará siendo una Persona viva, y tendrá plena conciencia de que su presencia podrá ser sentida y gozada por el poder espiritual. Los creyentes, al verle por la fe, vivirán. El resto de personas vive porque hay un mundo que continúa proporcionándole placeres, su política y escandaleras de cada día, pero cuando estos terminan la vida de la gente deja de ser poco menos que interesante. El cristiano vive porque Cristo también lo hace, y al igual que es el objeto de nuestra vida, vive para siempre. La vida del cristiano es eterna. A través del Espíritu el creyente sabe que Cristo está en el Padre, que los creyentes están en Cristo y él en los creyentes. Sabemos que ocupa un lugar especial en los afectos del Padre, nosotros uno en el corazón de Cristo y él otro en el nuestro. El mundo no puede ver ni experimentar ni conocer. Está ciego a las glorias de Cristo y muerto en delitos y pecados. Ignora a Dios, pero en el poder del Espíritu habrá una compañía de gente sobre la tierra que verá, vivirá y conocerá por fe. Ellos poseerán a Cristo en la gloria como el objeto de sus almas, una vida que obtiene su gozo y deleite de él, y el conocimiento del lugar que ocupan en Su corazón.

vv 21-24. Los versículos 18 al 20 nos han presentado el efecto que causa la venida del Espíritu. Los versículos a continuación presentan las credenciales espirituales que capacitarán al creyente para entrar a gozar de los privilegios que están a su disposición con el poder espiritual. Aunque es cierto que ha habido un triste alejamiento de estas condiciones por parte de la cristiandad, es maravilloso comprobar que lo que debería ser una realidad para la mayoría puede seguir disfrutándose a nivel individual. Es importante darse cuenta de que, llegados a este punto, las enseñanzas se dirigen al individuo. Hasta aquí el Señor utiliza «tú» y «vosotros» (18-20); a partir de ahora cambiará el uso de las palabras por «él» y «un hombre» (21-24).

Las credenciales que se exigen como entrada a estas profundas experiencias son el amor y la obediencia. Antes decía el Señor: «Si me amáis, guardad mis mandamientos», pero ahora dice: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama». Se ha comentado que las primeras palabras expresan el amor como la fuente de obediencia, mientras que las últimas son la expresión de la obediencia como prueba del amor. Todo reflejo de la mente del Padre era un mandamiento para Cristo, y cada reflejo de la mente de Cristo un mandamiento para aquel que le ama. Quien ame a Cristo será amado por el Padre y por él mismo. Dicha persona poseerá plena conciencia, y de manera especial, del amor de las Personas divinas, y a ella se le manifestará el Señor.

Llegados a este punto, Judas (no el Iscariote) irrumpe en la escena preguntando: «Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros y no al mundo?». Judas, que pensaba como judío y tenía en la mente las esperanzas de un judío, queda totalmente confundido con estas comunicaciones. Ignorando que el cambio se produciría de un momento a otro, seguía aferrado a la idea de un reino visible a punto de ser establecido, y por eso no entendía que pudiera ser una realidad si antes el Señor no se manifestaba al mundo. Sus hermanos en la carne tienen pensamientos similares cuando en una ocasión le piden que se manifieste, y no obstante la ignorancia que se tiene hoy en día del llamamiento de la Iglesia y del carácter de los tiempos que nos ha tocado vivir, hay muchos cristianos sinceros que de muchas y distintas maneras siguen pidiendo al Señor que se manifieste. De buena gana querrían verle aparecer en el mundo como el filántropo que promueve grandes causas para lograr una sociedad mejor, buscando reintroducirle en él y sin caer en la cuenta de que el Espíritu de Dios ya vino para sacar a los creyentes y guiarlos hacia Cristo en el cielo.

A simple vista parece como si la respuesta que el Señor da a Judas no fuera satisfactoria. La razón era que no había llegado el momento para la plena revelación del carácter celestial del cristianismo. De todos modos, la contestación del Señor sirve para corregir la idea equivocada en la mente de los discípulos. Judas pensaba en una exhibición pública ante el mundo, mientras el Señor habla de una manifestación a un individuo; Judas hablaba del mundo; el Señor, de un hombre. Le habían rechazado y no podía mantener ningún trato con el mundo; ahora era cuestión de conocer cómo afectaría a estos individuos saber que son sacados de él por el atractivo poder del que mantiene unidos sus corazones a Cristo.

El Señor da algunos detalles sobre esta verdad. No solo guardará sus mandamientos quien sea que le ame, sino hasta las mismas palabras del Señor. Eso significa algo más que simplemente obedecer mandamientos, la expresión de su mente en cuanto a los detalles de nuestro camino. Tal como nos dice el siguiente versículo, su palabra no es solo suya, sino del Padre que le envió, y nos cuenta todo lo que vino a hacer para dar a conocer el corazón paterno y sus consejos para el cielo y el mundo venidero. Sus mandamientos arrojan la luz que necesitamos en nuestro camino, y sus palabras iluminan el futuro glorioso revelando dichos

consejos. Como muestra de aprecio por tales palabras, le concede un lugar de honor al Padre: «*Vendremos a él y haremos nuestra morada con él*».

vv 25-26. Las dos palabras del inicio de estos versículos inauguran una nueva fase en esta parte del discurso. El Señor ha presentado hasta aquí las experiencias que todo creyente disfrutará por el Espíritu (18-20), y luego las experiencias que están al alcance de todos los creyentes a nivel individual (21-24). Ahora habla de la venida del Espíritu Santo en relación con los once, concretamente. Por primera vez se dice que el Consolador es fuera de toda duda el Espíritu Santo. Se refiere a él como una Persona divina que acudirá a representar los intereses de Cristo cuando ya no esté, no para exaltar a los creyentes y que parezcan grandes en esta escena, ni mucho menos que sus intereses mundanos prosperen. Su única tarea en un mundo que rechaza a Cristo es la de llevar hacia él un pueblo que lo exalte. Mientras prosiguen estas últimas comunicaciones, veremos que el Espíritu da tres razones por las que deben mantenerse los intereses cristianos. En primer lugar, con Juan 14 consigue atraer nuestros corazones a Cristo; después, en el capítulo 15, hace que nuestros labios se abran en testimonio, y por último, en el 16, nos sostiene ante la oposición del mundo, revelándonos los consejos del Padre para el futuro.

La gran obra del Espíritu Santo en este apartado es la de mantenernos ocupados con Cristo. Hay dos maneras con las que despierta nuestros sentimientos. Primero, el Señor dice a los once: «Él os enseñará todas las cosas». *Todas las cosas* del versículo 26 contrastan con estas del versículo 25. El Señor habla refiriéndose a determinadas cosas, pues había algunas que correspondían a la gloria de Cristo y que en aquel momento los once no eran capaces de comprender, y dada su limitada capacidad espiritual el Señor tiene que acotar sus comunicaciones. Con la venida del Espíritu habría un entendimiento espiritual amplio que posibilitaría la comunicación de todas las cosas que tienen que ver con el Cristo glorioso. En segundo lugar, el Señor dice: «El Espíritu os recordará todo lo que yo os he dicho». No solamente revelaría las cosas nuevas concernientes a él y su nuevo lugar —cosas que nos transportan a la gloria eterna—, sino que también traería a nuestra memoria las comunicaciones de gracia que dio cuando cruzaba esta tierra. Todo lo que es de Cristo (pasado, presente y futuro) es infinitamente precioso. Nada que sea cristiano se perderá. Quienes iban a ser los responsables de enseñar a los demás con sus palabras y escritos debían tener presente lo que una Persona divina les recordaría. Al informarnos a nosotros de estas palabras, los discípulos no lo hacen partiendo de la base de sus fugaces e imperfectos recuerdos. Lo que nos cuentan lleva el sello de la perfección, sin aditamentos de humana fragilidad.

vv 27-31. El Señor concluye este ministerio de gracia con los versículos anteriores. Este ministerio de aliento y consuelo, que pone a su pueblo en relación con las Personas divinas y en comunión con ellas, prepara a los discípulos ante la marcha del que ellos aman. Por ello, en estos versículos finales el Señor habla con más libertad de la cercana partida. Si se iba dejaría antes su paz con los discípulos. Bajo el prisma de las circunstancias exteriores, era el Varón de dolores experimentado en quebranto. Tenía que hacer frente a la contradicción de pecadores en el camino de la comunión con el Padre, sujeto a su voluntad y gozando de la paz de corazón, una paz que sería la porción del creyente si este quería disfrutar de la comunión con las Personas divinas y anulaba su voluntad, dejándose controlar por el Espíritu. Rodeado de un mundo convulso, el corazón del creyente sería protegido con la paz de Cristo, la cual compartirían juntos.

Al haber dado a los discípulos esta paz, no la daba como el mundo, en partes fraccionadas. Si el Señor partía de ellos por un tiempo era para volver otra vez. En el ínterin, el amor que todo

lo comparte se gozaría en que Su camino había terminado y que se iba con el Padre, y los pone sobre aviso para que cuando sucediese Su partida no desfalleciera su fe. A partir de este momento no hablaría mucho con ellos, pues llegaba el gobernante de este mundo y eso significaba que iba a tener que enfrentar el último gran conflicto que anularía el poder de Satanás. El triunfo sobre él estaba asegurado porque el diablo no podía nada contra Cristo. Su muerte no sería el resultado del poder satánico, sino el resultado del amor de Cristo por el Padre. Su obediencia perfecta a los mandamientos paternos, aun cumpliéndolos hasta la muerte, constituye la prueba fehaciente de su amor por él.

«Levantaos, vámonos de aquí». Con estas palabras, el Señor pone fin a esta porción de sus discursos. Por amor al Padre se levanta para obedecer su mandato y se asocia con los discípulos. Llegaría el momento en que no le podrían seguir más, como el Señor ya les había dicho: «Adonde yo voy, vosotros no me podéis seguir»; pero antes hay unos pasos más que pueden dar con él, por vacilantes que sean.

Todos salen del aposento alto al mundo de afuera.

JUAN 15

El final del discurso en Juan 13 sirve para establecer a los discípulos en unas nuevas relaciones con Cristo y unos con otros, a fin de que puedan gozar de Su comunión y tengan parte con el Hombre que ha ido a ocupar un lugar en la casa del Padre. En el siguiente discurso de Juan 15, se nos permite contemplar el gozo que obtienen los creyentes de esta comunión con las Personas divinas: con Cristo en la casa del Padre, con el Padre revelado en el Hijo, y con el Espíritu Santo enviado por el Padre.

Estos dos discursos provienen de lo que es el resultado de las palabras «levantaos, vámonos de aquí» (Jn 14:31). Tras pronunciarlas, el Señor sale con los discípulos del aposento alto al mundo de afuera.

Los discursos que vienen a continuación revisten un carácter que se corresponde con el lugar donde fueron pronunciados, pues ahora los discípulos son vistos en el mundo que rechazó a Cristo, donde llevan fruto para el Padre y dan testimonio del Hijo. Como alguien dijo acertadamente: «En el anterior discurso, la clave es el aliento que reciben en vista de la partida; y el último discurso contiene la enseñanza para el estado que vendrá después cuando, al igual que aquí, el Orador instruirá y ofrecerá consuelo».

Las divisiones de este nuevo discurso son sencillas:

De los versículos 1 al 8, el tema es la aportación de fruto al Padre.

Luego, entre los versículos 7 al 9, tenemos una presentación de la compañía cristiana, el círculo del amor donde puede hallarse fruto para el Padre.

De los versículos 18 al 35 pasa ante nosotros el mundo pagano, el círculo de odio que rodea a la compañía cristiana.

Y para acabar, en los versículos 26 al 27 el Consolador —el Espíritu Santo— es presentado ante nosotros, testificando del Señor en la gloria y capacitando a los discípulos para que lleven fruto para él.

Los frutos

Jn 15:1-8

El Señor introduce la cuestión de llevar fruto: «Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador». Unas palabras que habrían sonado un tanto extrañas en oídos de los once, acostumbrados como estaban por los Salmos y los Profetas a pensar que Israel era la vid. El Salmo 80 hablaba de Israel como una vid sacada de Egipto. En el cántico del Amado tocante a su viña, Isaías plasma bajo la figura de una vid el amor y cuidados que Jehová ha dispensado a Israel. Jeremías habla de Israel como la vid noble que por desgracia no produjo fruto para Dios. Isaías lamenta que solo habían producido «uvas silvestres», y Jeremías lanza su queja por que la noble vid se hubiera convertido en la planta degenerada de una viña extraña. De igual modo, Oseas nos habla de Israel como una viña vacía que solo produjo fruto para sí y ninguno para Dios (Is 5:1-7; Jer 2:21; Os 10:1).

Durante muchos años de sufrida paciencia, Dios había probado a Israel mirando si había fruto en ellos, pero solo encontró uvas silvestres. La última y definitiva prueba fue la presencia

del Hijo amado, por lo que el rechazo deliberado que le mostraron era la prueba final de que Israel era realmente una planta degenerada y una vid estéril.

El momento había llegado para revelar a los discípulos que Israel era desechado, y si ellos habían de llevar fruto para Dios no lo harían desde su filiación con Israel, la vid degenerada, sino con Cristo, la vid verdadera. Cristo y los discípulos reemplazarán a Jerusalén y sus hijos.

Aunque el discurso del Señor introduce lo que sustituye a Israel en la tierra, a duras penas presenta el cristianismo con sus relaciones celestiales. Aquí no se contempla la relación del Cristo celestial con los miembros de su cuerpo —una relación vital que no puede romperse—, sino una relación con él en la tierra mediante la confesión del discipulado. Esta confesión puede ser real o ser meramente eso, una confesión, por lo que el Señor habla de dos clases de ramas, de aquellas que tienen vida y demuestran su vitalidad produciendo fruto, y las que carecen de vida y son echadas al fuego.

Qué oportuno es entonces que las vides sean utilizadas como una figura de entre todas las plantas, dado que el fruto, el tema principal del discurso, es una evidencia del verdadero discipulado. Otros árboles podrán tener su utilidad aparte del fruto que produzcan, pero con la vid no ocurre lo mismo. Hablando de ella, Ezequiel hace las siguientes preguntas: «¿Sacarán de ella madera para hacer alguna obra? ¿Harán una estaca para colgar en ella alguna cosa?». Si la vid no produce ningún fruto se vuelve improductiva.

¿Cuál es el significado espiritual del fruto? ¿No diremos que es la expresión de Cristo en el creyente? En Gálatas 5:22,23 leemos: «El fruto del espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio», etcétera. Si este es el fruto que se ve en los creyentes, el resultado será Cristo reproducido en ellos. Él se ha ido de forma personal de esta escena, pero la intención de Dios es que Sus características se vean plasmadas en aquellos que son suyos. Cristo en persona ha marchado a la casa del Padre, pero su carácter sigue representado en su pueblo terrenal.

El fruto no es exactamente el ejercicio del don, ni tampoco el servicio o la obra. Somos exhortados, desde luego, a «vivir de manera digna del Señor, agradándole en todo... y dar fruto en toda buena obra» (Col 1:10). Mientras que este pasaje nos enseña lo estrechamente unidas que están la aportación de fruto y las buenas obras, hace una clara distinción entre ellas. Las buenas obras deben hacerse en una semejanza lo más parecida a Cristo para que en el hombre pueda haber un fruto agradable a Dios. El hombre natural podrá hacer muy buenas acciones, pero no llevarán fruto para Dios. ¿Acaso no nos avisa el apóstol en 1Co 13 que nuestro servicio activo a la hora de realizarlas puede llevarnos a descuidar el amor como expresión excelente del fruto? Si el servicio y las obras fueran en sí fruto, estarían prácticamente limitados a quienes poseen un don y una capacidad, pero si de lo que se trata es de que el fruto es el carácter mismo de Cristo, entonces es posible —al igual que un privilegio— que cada creyente, desde el más anciano al más joven, pueda darlo.

¿Quiénes de los que amamos a Cristo y admiramos las perfecciones del que nos causa tanta atracción no deseamos exhibir, en cierta medida, sus gracias y llevar fruto para él? Si esto es lo que desea el corazón, hay tres maneras que nos ayudarán en el cumplimiento de nuestro deseo. A fin de poder llevar fruto están, por este orden, los tratos en gracia del Padre; después, el lavamiento práctico por el poder de la palabra de Cristo, y por último la responsabilidad del creyente de permanecer en él.

Los tratos del Padre están representados por los métodos que emplea el labrador.

Existe la triste posibilidad de que algunas ramas que tienen un vínculo con la vid no lleven ningún fruto, pero estas son las que el Padre quitará. Son ramas distintas de las ramas del

versículo 6, y son echadas al fuego. Aquí estamos hablando de que es el Padre quien las quita, ya que en el ejemplo anterior son los hombres los que las arrojan a las llamas. Lo que pasó con algunos santos en Corinto, cuyo andar reprochable traía deshonra al nombre de Cristo fue que el Padre, que no quería que continuaran por ese camino, se los tuvo que llevar: «...y bastantes duermen». Después tenemos la acción con aquellos que sí dan fruto para que puedan aportar mucho más, gracias a lo cual la gracia los purga. El castigo y la disciplina del Padre sirven para eliminar todo lo que entorpece la expresión del carácter de Cristo, una acción ciertamente dolorosa, dado que ninguna disciplina parece al presente ser causa de gozo, sino de tristeza, «pero después da fruto apacible de justicia a los que han sido ejercitados por medio de ella» (He 12:11). Si llevamos nuestro ejercicio delante del Padre cuando consideramos sus tratos con nosotros, las adversidades producirán su efecto contrario amansando y dulcificando nuestro carácter, para que se vea en nosotros a Cristo y no dejemos de producir fruto.

v 3. En segundo lugar, está el trato de favor del Señor para conseguir que llevemos fruto. Nos dice: «Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado». Esta es la separación práctica producida por su palabra de todo lo que es contrario a Cristo. En ese momento los discípulos estaban limpios, dado que el Señor había lavado sus pies. El agua que les aplicaron Sus manos había hecho eficaz la obra del lavamiento, por lo que si conociéramos algo del mismo en la práctica haríamos bien en sentarnos a Sus pies, como María, y escuchar Su palabra. Todos sabemos lo que significa hacerle nuestras confesiones, llevarle nuestros problemas y ejercicios y qué bueno es que escuche nuestras torpes palabras, pero también es cierto que raras veces ocurre que acudimos con el solo deseo de estar en su compañía y escuchar lo que tiene que decirnos. ¿Qué puede ser más purificador y producir más fruto que sentarnos a sus pies y escucharle? María escogió la buena parte y dio un preciado fruto, lo que instó a Cristo a decir: «Donde sea que se predique este evangelio en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, en recuerdo de ella» (Mt 26:13).

vv 4-5. El tercer medio por el que la vida del discípulo puede llegar a dar fruto depende de él. Todo se resume en las palabras «permaneced en mí», la presentación de nuestro privilegio y responsabilidad de andar constantemente dependiendo de Cristo. Como alguien dijo: «Permanecer en él es experimentar habitualmente la proximidad de nuestro corazón al suyo».

Si hemos aprendido que el fruto es la reproducción del carácter de Cristo, expresado por el amor, el gozo y el dominio propio, comprenderemos que un ideal de este tipo no puede ser alcanzado con nuestras propias fuerzas. La comprensión de la excelencia moral del fruto, por un lado, y la de nuestra propia debilidad por otro, nos convencerán de las palabras del Señor: «Separados de mí nada podéis hacer». Su fruto puede ser dulce a nuestro paladar, pero solo cuando permanecemos bajo su sombra podemos participar del mismo. Sin la luz y el calor del sol la vid natural no podría dar fruto, y a menos que permanezcamos en la luz y en el amor de la presencia de Cristo nosotros también experimentaremos una falta de fruto. Si permanecemos en él, entonces estará en nosotros, y luego exhibiremos su hermoso carácter. Está claro que no se produce fruto teniéndolo solo como meta. Es como consecuencia de poseer a Cristo como objeto de nuestros pensamientos lo que produce fruto. Él viene antes que el fruto.

v 6. En el versículo seis tenemos un caso solemne de la rama muerta, el mero profesante que lleva el nombre de Cristo pero no tiene con él ningún vínculo vital. Estos son los que no pueden llevar fruto. En la figura que utilizamos, la rama muerta no se halla bajo el trato personal del labrador, sino que son otros los que tratan con ella. El Padre no tiene ningún trato con el confesor infructuoso y desprovisto de vida, pero en el gobierno de Dios sí es tratado por quienes ejecutan Su juicio. Aquí la rama no es quitada, sino echada seca al fuego y quemada. Judas fue

el ejemplo solemne y aterrador de una rama marchita. En el caso de aquellos a los que el Señor habla, el vínculo con él es vital, pues ¿no les había dicho poco antes «ya todos estáis limpios»? Por esta misma razón, el Señor no les dice «si no permanecéis», sino «el que en mí no permanece». Los términos son cambiados para ahuyentar el pensamiento de que un discípulo pueda jamás ser echado al fuego y quemado.

vv 7-8. Habiéndonos revelado con su gracia la manera en que la vida del creyente llega a dar fruto, el Señor procede a presentarnos los resultados generados por una actividad productiva. En lo que se refiere a los discípulos, si su corazón andaba de manera activa y constante en dependencia de Cristo, y a este efecto Sus palabras daban forma a sus pensamientos y amor, eso los capacitaría para pedir y orar conforme a la mente del Señor y obtener, mediante la oración, una respuesta a sus peticiones.

Otro resultado es el que hace referencia a la producción de fruto que glorifica al Padre. Cristo fue siempre la expresión perfecta del Padre, de modo que en la medida que nosotros mostremos el carácter cristiano también manifestaremos la verdad en cuanto al Padre y le glorificaremos.

Finalmente, cuando demos fruto seremos testigos de Cristo, y al exhibir su carácter se hará evidente para todos que somos sus discípulos.

La compañía cristiana

Jn 15:9-17

En los últimos discursos del Señor hay una progresiva revelación de la verdad, la cual prepara a los discípulos para apartarlos del sistema terrenal judío con el que estuvieron relacionados. Tenemos la introducción de la nueva compañía de cristianos, de origen y destino celestiales, que son dejados un tiempo en el mundo para ser los representantes de Cristo, del Hombre en la gloria.

Mientras escuchamos al Señor, haremos bien en recordar dos hechos que subyacen a toda la enseñanza de sus palabras de despedida. El primero, que ante todo nos ha sido mostrado repetidas veces, es que el Señor dejaba este mundo para ocupar un lugar nuevo como Hombre en el cielo. El segundo hecho es que una Persona divina (el Espíritu Santo) venía a esta tierra procedente de allí. El resultado de estos dos factores en el mundo fue una compañía de creyentes unida a Cristo en la gloria y unos con otros por el Espíritu Santo. A esta compañía representada por los discípulos se dirige el Señor con sus últimas palabras.

Habiéndoles revelado el deseo de Su corazón sobre que llevaran fruto y expresaran Su carácter amoroso en un mundo del que se ausentará, ahora les presenta la nueva compañía cristiana en la que puede verse este fruto. ¿No está claro que para que el fruto llegue a expresarse totalmente necesita de una compañía? Pues es evidente que muchas de las gracias de Cristo apenas podría expresarlas un solo discípulo aislado de los demás. La paciencia, bondad, amabilidad y otros rasgos cristianos solo pueden expresarse en la práctica cuando nos hallamos en compañía de otros. Al comienzo del versículo 13 se nos dice que en la ausencia cristiana continúan en la tierra aquellos que Cristo llama los suyos, a quienes ama hasta el fin. Amándolos de esta manera demuestra que a pesar de todos los fallos que cometan, existirán hasta que vuelva. Vistos desde una esfera externa, podrán estar dispersos y divididos, pero forman una unidad bajo Su mirada: «El Señor conoce a los que son suyos». Felices aquellos creyentes que se regocijan en compañía de los suyos. Si Cristo estuviera corporalmente presente en la tierra, a

todos nos gustaría gozar de Su compañía, pero como esto no es así nos agrada estar con quienes expresan algo de Su carácter.

Si en medio de toda la confusión de la cristiandad hallamos a unos cuantos que sin ninguna pretensión manifiestan un rasgo moral cristiano, serán sin duda muy atractivos para el corazón que ama a Cristo, mientras los sistemas religiosos de los hombres carecerán totalmente de interés por su mucho humanismo y lo poco que tienen de cristianos. ¡Qué importante es poner toda la atención en el pasaje que nos revela los elementos morales de una nueva compañía de cristianos que durante la ausencia de Cristo forman la asamblea! Al hablar de la compañía cristiana, debemos tener cuidado de no reducir su círculo a un número limitado de cristianos, o de ampliarlo para incluir a quienes no son de Cristo.

vv 9-10. La señal más importante de la compañía cristiana es el amor con que Cristo la ama. Esta compañía será ignorada por el mundo, que la menospreciará y aborrecerá si le es conocida, pero será amada por Cristo. El amor con que la ama es tan profundo que solo puede comprenderse por el amor que el Padre le tiene a él. El Padre le miró como Hombre terrenal y le amó con toda la perfección del amor divino; y ahora, desde la gloria, Cristo mira a los suyos en este mundo para derramar su amor sobre ellos a través de unos cielos abiertos.

A estos dice el Señor que permanezcan en Su amor. El goce de las bendiciones y el poder del testimonio que den dependerán de si son conscientes de Su amor. Las palabras solemnes del Señor dirigidas al ángel de la iglesia en Éfeso (*has dejado tu primer amor*) indican el primer paso en el camino que conduce a la ruina y a la diseminación de la compañía cristiana. Su declive comenzó cuando dejaron de dar un testimonio unido para Cristo y el candelero fue quitado (Ap 2:4,5). Cuando los cristianos andaban gozando del amor divino, nada podía prevalecer contra su testimonio de unidad, pero en cuanto abandonaron su primer amor tras perder de vista el sentimiento del afecto de Cristo por ellos, pronto dejaron de presentar un testimonio conjunto ante el mundo. ¡Cuántas veces se ha repetido la historia de la Iglesia en compañías pequeñas de los santos! Si hay alguien que quiera responder a las palabras del Señor y continuar en Su amor, que ponga toda la atención en las directrices marcadas para el camino. Lo realmente necesario es que sigamos por la senda de la obediencia: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor». Los hijos que insisten en hacer su voluntad, desobedeciendo a los padres, aprecian muy poco el amor que estos les dan y se pierden el poder disfrutarlo; y con el cristiano sucede que podrá retener el gozo del amor del Señor si anda en obediencia a la revelación de Su mente.

Nos mantendremos en el amor de Cristo de igual forma que si permaneciésemos al sol para recibir su calor. El amor de Cristo, que se basa en el camino de la obediencia, brilla por toda la senda de sus mandamientos. Guardarlos no producirá más amor que el calor generado por el sol cuando andamos por un sitio iluminado, y para ser justos, la exhortación no es la de buscar o merecer el amor, sino la de permanecer en él. El propio Señor fue el ejemplo perfecto del que holló la senda de la obediencia: «Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor».

v 11. El otro gran rasgo de la compañía cristiana es el gozo de Cristo. Dice el Señor: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros y el vuestro sea cumplido». No se trata de un simple gozo natural, y mucho menos del gozo mundano. De Cristo brotaba el sentimiento ininterrumpido de saberse amado por el Padre.

Todos experimentamos alegrías terrenales que tienen su sanción de Dios y podemos disfrutarlas en el tiempo, pero son alegrías que acaban decepcionándonos. Los goces de la tierra terminan y sus glorias pasan, y el vino de la alegría terrenal se acaba. Se nos permite beber del arroyo en el camino, pero se seca (Sal 110:7; 1R 17:7). Con todo, existe una fuente de alegría en

el creyente que salta para vida eterna y nunca se agota. Así se refiere el Señor al gozo de lo que puede permanecer en nosotros. En realidad, dura más que las alegrías pasajeras, permanece y tiene su origen en el amor del Padre, y es igual de duradero que el amor del cual proviene.

El gozo del que habla aquí el Señor no solo es duradero, sino que dice a los discípulos que estará en ellos. Si está en nosotros no será como el gozo del mundo, que depende siempre de circunstancias exteriores. Decía el salmista: «Tú diste alegría a mi corazón, mayor que la de ellos cuando abundan en grano y mosto». Los goces terrenales dependerán de lo que prosperen nuestras circunstancias, pero las alegrías del Señor se llevan en el corazón. En su situación, él fue un desechado y proscrito, el Varón de dolores experimentado en quebranto. En su senda de obediencia perfecta a la voluntad del Padre nunca se movió de la plena comprensión de su amor, y fue en el amor paterno donde halló una fuente constante de gozo; y nosotros, mientras andemos en obediencia al Señor, tampoco nos moveremos del conocimiento de su amor, con cuyo calor, además de encontrar el gozo, tendremos aquella plenitud que se lleva del camino la pena por el fracaso y la angustia por las cosas terrenales.

vv 12-13. La nueva compañía se caracteriza por su amor. No solo es amada sino que también ama, ya que el mandamiento del Señor es «amaos unos a otros, como yo os he amado». Es un amor que no debe confundirse con el modelo humano, con sus recurrentes expresiones de egoísmo, sino uno que no conoce otra norma que el amor del Señor por nosotros, en el que no hay rastro del yo. El Señor dice al respecto: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos». La muerte no es considerada aquí en su carácter expiatorio, sino como la suprema expresión del amor. El amor terrenal se siente atraído con frecuencia hacia objetos agradables, pero el amor divino se eleva sobre nuestros fallos y flaquezas, amándonos a pesar de todo lo desagradable que hay en nosotros. Este es el amor de Cristo, que deberíamos conservar en nuestra compañía porque no es indiferente a nuestras faltas, que cumple además su objetivo de hacer el mayor de los sacrificios posibles pasando por alto todo cuanto tenemos de desagradable, dando la vida por un amigo. Como alguien dijo: «No puede darse mayor prueba de un amor más elevado».

vv 14-15. La compañía cristiana es una compañía depositaria de las ricas confidencias de Cristo y de los consejos secretos del corazón del Padre. El trato que el Señor dispensa a los suyos no es meramente de siervos, a quienes se da órdenes que cumplan, sino de amigos a los que se les comunica secretos: «Todas las cosas que le oí a mi Padre os las he dado a conocer». No que no fueran siervos (2P 1:1, Jd 1; Rm 1:1), pero eran mucho más que eso: amigos; pero si el privilegio de que fueran siervos era grande, el de amigos era mucho mayor. El siervo no sabe lo que hace su Señor, solo conoce la tarea que se le asigna y recibe las instrucciones justas para acometerla. El siervo que es tratado como amigo sabe más, pues recibe el propósito secreto del Maestro para el que trabaja y para quien lleva a cabo la obra. Un amigo es alguien con el que hablamos de nuestras cosas, sabiendo que pueden llegar a interesarle, aunque no vayan directamente con él. Así es como Dios trató a Abraham, llamado el amigo de Dios: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?»

Vemos nuevamente que la obediencia a los mandamientos del Señor nos asegura el lugar de amistad, con la misma premisa que anteriormente permitía conservar el gozo del amor. A menos que andemos en obediencia a los mandamientos divinos, poco conoceremos los consejos del corazón del Padre. Si permanecemos en la senda de la obediencia, el Señor nos tratará como amigos.

v 16. La compañía cristiana es una compañía escogida: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros». Estuvo en su mano escogernos, no dependió de nosotros. Y está

bien que fuera así, porque si en un acceso de entusiasmo hubiéramos querido escoger al Señor como Maestro para dar fruto, al cabo de no mucho tiempo habríamos vuelto sobre nuestros pasos presionados por las circunstancias. Personas que voluntariamente y en ocasiones se cruzaron en el camino del Señor, recibieron no poco estímulo que les permitió continuar al lado de Aquel que no tenía donde recostar su cabeza y era el escarnio de los hombres, pero de aquellos que él llamó dice: «Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas». Sin duda alguna, aquí no se trata de la elección soberana para la vida eterna, sino del amor que nos escogió y nos ordenó para poder dar un fruto en la tierra que fuera duradero. Un bendito cumplimiento de esto lo encontramos en los apóstoles, dado que la gracia de Cristo expresada en sus vidas los ha puesto como ejemplo del rebaño en todas las épocas. Por último, la compañía cristiana depende de la oración para tener acceso al Padre en el nombre de Cristo. Gozando de su amor, y siendo admitida a las confidencias de Cristo y sus amigos, empieza a ser instruida en Su mente, de modo que todo lo que pida al Padre en su nombre se lo dará.

Acabamos de ver cómo debe ser el círculo cristiano según la mente del Señor. Todo lo que en él hay de Cristo puede conocerse y disfrutarse, pues no cabe duda de que estas palabras brotan dulcemente de los labios del Señor: «mi amor, gozo, mandamientos, mi Padre, mi nombre, etcétera». Aquí también hallamos, como alguien dijo, «la historia del amor reflejada en el amor del Padre por su Hijo, en el amor de Jesús por su pueblo y entre sus miembros, marcando cada etapa del mismo la pauta para la siguiente».

El cuadro que forma la compañía cristiana, cuya representación da aquí el Señor, es de lo más hermoso, pero será en vano que intentemos encontrar entre todo su pueblo cualquier expresión duradera de los deseos divinos. Incluso dispersos y divididos como estamos, no vayamos a dejar que nuestro camino lo ordenen otras normas que no sean las que nos permitan a cada uno buscar responder individualmente a la mente del Señor.

v 17. Estas cosas que dice fueron presentadas con el amor de Cristo por los suyos, con el fin de unirlos unánimemente entre ellos. Así es como podemos apreciar lo oportunas que son estas palabras: «Esto os mando, que os améis unos a otros».

El mundo

Jn 15:18-25

De manera muy especial, el Señor nos ha presentado a la nueva compañía cristiana, desde luego no en su formación o gestión —pues la hora no había aún llegado—, sino en sus rasgos morales y privilegios espirituales. Es considerada una compañía gobernada por el amor de Cristo y una unión de mutuo amor entre sus miembros. Con las palabras que vienen a continuación, el Señor termina de dar su pensamiento sobre el círculo cristiano del amor para pasar a hablar del círculo mundano del odio, advirtiendo a los discípulos del verdadero carácter del mundo que los rodea y preparándolos ante su persecución.

Si compartimos con Cristo el amor, el gozo y los santos secretos de este círculo íntimo, debemos también prepararnos para compartir con él el odio y rechazo que el mundo le ha deparado. No parece que los discípulos tuvieran que disponerse a obtener lo mejor de ambos, como suele pensar la gente. Tenía que ser o Cristo o el mundo, pero no los dos a la vez. Una compañía que exhibe bajo cualquier forma la gracia cristiana será reconocida e identificada con él, y el odio y la persecución padecidos de parte del mundo serán mostrados también a su pueblo.

El mundo es un vasto sistema que engloba a toda clase de personas y razas, así como la falsa religión que se une con ellas para aborrecer a Dios. Lo que rodeaba a los discípulos era el mundo corrupto del judaísmo. Hoy en día, el mundo con el que están en contacto los creyentes es el de una cristiandad corrompida, y aunque cambie su apariencia de siglo en siglo lleva en lo más profundo la marca del distanciamiento de Dios y del odio a Cristo.

¿Por qué debería aborrecer el mundo a estos hombres inofensivos? ¿Acaso no eran una compañía cuyos integrantes se amaban y llevaban una vida ordenada, sujetándose a las autoridades y sin interferir en su política? ¿No proclamaban las buenas nuevas y realizaban buenas acciones? ¿Para qué odiarlos? El Señor presenta dos razones. En primer lugar, porque constituían una compañía que Cristo había escogido de entre el mundo, y en segundo lugar porque formaban un grupo de personas que confesaban Su nombre delante de todos. La primera causa más bien suscitaba el odio del mundo religioso; la segunda, el odio del mundo en general. En todas las épocas no ha existido nunca nada que enfureciera más a los hombres que la gracia soberana que, desestimando su esfuerzo religioso, se fija en un grupo de infelices y desahuciados para bendecirlos. La sola mención de la gracia que en tiempos pasados bendijo a una viuda y a un leproso gentiles soliviantó a los líderes nazarenos, quienes manifestaron su ira y odio hacia Cristo. La gracia soberana que bendice al hijo menor enfurece al hijo mayor.

vv 20-21. Los discípulos reciben el aviso de que este odio se manifestará en persecución: «Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán». Esta expresión activa del odio está relacionada directamente con la confesión del nombre de Cristo, ya que el Señor dice: «Todo esto os harán por causa de mi nombre». La persecución, ya sea a Cristo o a sus discípulos, era la prueba de que no conocían a Aquel que le envió: el Padre.

vv 22-25. No hay pretexto que valga para ignorarlo. Las palabras del Señor y sus obras dejaron al mundo sin excusa para el odio o la ignorancia. Si Cristo no hubiera venido y no hubiese dicho palabras que nadie jamás dijo, si no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro hombre había hecho antes, no habrían podido ser imputados con el pecado de enemistad deliberada contra él y el Padre. Habrían continuado siendo criaturas caídas, y por este mismo hecho apenas se hubiera podido demostrar que eran egoístas y aborrecían a Dios. Mas ahora no había posibilidad de encubrir su pecado. Era imposible ocultar el hecho de la culpabilidad del mundo porque a la vista estaba. Con sus palabras y obras, Cristo había revelado plenamente el corazón del Padre, lo que provocó que el hombre le odiara. El mundo fue dejado sin esperanza al aborrecer sin causa a Cristo, según rezaba su propia ley, de manera que el odio mundano no puede considerarse ya más ignorancia, sino pecado; un odio sin fundamento. Como cristianos, en ocasiones podemos darle al mundo razones para que nos odie, pero Cristo no le dio motivos. Hay en realidad una causa para el odio, no fundamentada en Aquel que es odiado, sino en los corazones de los que lo sienten.

El poder del testimonio

Jn 15:26-27

Si el círculo del amor se rodea de un círculo de odio —el de un mundo hostigador que aborrece ciegamente a los discípulos de Cristo—, ¿será posible mantener un testimonio en la tierra cuando Cristo se haya ido? El círculo cristiano es pequeño y sus componentes débiles. El Señor los asemeja a un pequeño rebaño en medio de lobos. ¿Con qué poder contarán, entonces, para

resistir en un mundo aborrecedor de Cristo y a la vez dar testimonio de él? Solo podrán resistir con la fuerza todopoderosa del Espíritu Santo, una Persona divina que vendrá del Padre.

El Señor conocía muy bien el carácter terrible del mundo y el odio que este no dejó de demostrarle cual furiosa tempestad. Por eso conocía igual de bien la debilidad de quienes le amaban y le habían seguido, contando con que Pedro le negaría y todos le abandonarían. Sabía muy bien que si eran abandonados a sí mismos nunca serían capaces de mantener un testimonio unido cuando se hubiera ido a la gloria. Conociendo la impiedad del mundo y la debilidad de los discípulos, les dice: «Os enviaré al Consolador del Padre, al Espíritu de verdad —y añade—: él testificará de mí». Sin importar lo débiles que eran y la fuerza que el mundo tenía, o si ellos fracasaban o el mundo los perseguía, él testificaría en la tierra de la gloria del Hijo en el cielo.

El mundo crucificará al Hijo en el lugar más humilde de la tierra y el cielo le coronará en la gloria más elevada, pero el Espíritu vendrá a dar testimonio de ello. El Hijo vino del Padre dando testimonio del Padre, y el Espíritu Santo vendría del Padre para dar testimonio del Hijo. Teniendo en perspectiva su llegada, el Señor añade: «Vosotros daréis testimonio también»; y presenta otra razón: «Porque estáis conmigo desde el principio». Es verdad que nosotros no hemos estado con Jesús en el sentido literal de la palabra, como los discípulos, acompañándole desde el comienzo de Su ministerio, pero no es menos cierto, desde un punto de vista moral, que si tenemos que dar testimonio de Cristo ante los hombres debemos estar con él en secreto. Cuando vino finalmente el Espíritu, el testimonio que dieron Pedro y Juan ante el mundo religioso que los perseguía sirvió para que este se diera cuenta de que habían estado con Jesús.

El Señor presenta dos hechos: el Espíritu Santo testifica del Cristo glorioso y los discípulos lo hacen ante los hombres. ¿Y no son un ejemplo de la historia de Esteban? Un mundo religioso y hostil a Cristo, perturbado por el odio, persigue a Esteban rechinando los dientes y arrojándole piedras, mientras él, que permanece firme con la fuerza todopoderosa del Espíritu Santo, eleva la mirada al cielo, ve la gloria de Dios y a Jesús y desde allí el Espíritu Santo testifica de Cristo a su alma para que dé testimonio delante del mundo. Esteban fue el primero de una larga sucesión de mártires, pero a pesar de todo lo que el mundo ha hecho o hará, podemos decir confiadamente que ha existido y existirá el testimonio de Cristo mientras esté en la tierra la compañía cristiana, por la única razón de que el Espíritu Santo está presente en ella y habita en el pueblo de Dios con su fuerza todopoderosa e irresistible.

JUAN 16

Meditando en estas últimas palabras del Señor Jesús, registradas en los capítulos 13 al 16, tenemos que recordar siempre que el Señor se proponía preparar a los suyos para que testificaran de él en el lugar donde fue rechazado, mientras durara el tiempo de su ausencia.

Para llevar a un cumplimiento este gran fin, hemos visto en los anteriores discursos la necesidad de tener nuestros pies lavados (Jn 13), nuestros corazones consolados y unidos a las Personas divinas (Jn 14), y que nuestras vidas presenten el carácter cristiano mientras abrimos los labios en testimonio (Jn 15). En este último discurso, nuestras mentes reciben la enseñanza a efecto de poder ofrecer un servicio inteligente y no caer en el tropezadero del mundo religioso que rechaza a Cristo.

Ser instruidos en su mente es el gran objetivo de este último discurso, dado que en el servicio del Señor puede haber mucho celo que no se corresponda con la sabiduría que debería haber, y ello explicaría que los resultados sean escasos y grande la decepción. La enseñanza del discurso se presenta en el siguiente orden:

En primer lugar, se nos advierte acerca del trato que el mundo religioso dispensará a los que testifiquen de Cristo (1-4).

En segundo lugar, vemos que para crecer inteligentemente en la mente de Cristo era necesario que él se fuera al Padre y enviara al Consolador (5-7).

Cuando venga el Espíritu, los creyentes serán instruidos sobre el verdadero carácter de este presente mundo malo (8-11).

Luego, los creyentes serán guiados por el Espíritu Santo al conocimiento de otro mundo, del venidero (12-15).

Y por último, recibirán también la enseñanza en cuanto al carácter del nuevo día a punto de esclarecer.

La persecución del mundo religioso

Jn 16:1-4

En el discurso anterior, el Señor presentó a los discípulos los rasgos de la nueva compañía cristiana, cuyo privilegio era poder llevar fruto para el Padre y testificar de Cristo a un mundo del que se ausentará.

v 1. Aquellos que en cierta manera llevan el carácter de Cristo y testifican en un mundo que le odia, tendrán que enfrentarse, tarde o temprano, al sufrimiento y la persecución que nos son presentados al inicio de este capítulo. El amor tierno y cuidadoso del Señor previene a los discípulos de que estarían expuestos al sufrimiento cuando la persecución se iniciara, de ahí que quiera evitarles cualquier tipo de ataques. De no haberlos avisado con antelación, sus prejuicios naturales, que estaban unidos a la dispensación que ya terminaba y desconocían la incipiente era cristiana, habrían sido su tropiezo en la confrontación con el mundo. La historia mostrará después lo necesarias que fueron para ellos estas advertencias.

Juan el Bautista estuvo a punto de recibir tales ataques. Su fe recibió un duro golpe porque fue tratada como no se lo esperaba. Como resultado de su testimonio fiel, había ido a parar a la

cárcel, e ignorando la mente divina envió al Señor un heraldo con el siguiente mensaje: «¿Eres tú el que ha de venir?» Pero la respuesta fue: «Bienaventurado es el que no tropieza en mí». Los discípulos, que estaban falsamente esperanzados con la inmediata redención de Jacob, se enfrentaban a este mismo peligro que los descalificaba para sufrir la persecución proveniente de Israel. Estas falsas expectativas los dejaban desprotegidos ante el peligro de los ataques.

vv 2-3. La advertencia del Señor los prepara no solo para la persecución, sino para la persecución religiosa. Los discípulos de Cristo serían expulsados de las sinagogas, con la pérdida que eso conllevaba de toda compañía de índole familiar, social o política (Jn 9:22). Esta persecución tendría su origen en motivos religiosos: «Cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios». Cuanto mayor es la sinceridad mostrada, más implacable se vuelve la persecución motivada por la ignorancia que se tiene del Padre y del Hijo. Alguien dijo con acierto: «Del mismo modo que sucedía con los judíos, que perseguían a los cristianos, así sucede con los cristianos cuando han perseguido a otros cristianos». Estas cosas, que se han hecho siempre para la «gloria de Dios» y en el nombre de Cristo, son las que Dios mira desde el cielo y dice: «No conocen al Padre ni a mí».

v 4. En los días venideros, la persecución sería una ocasión propicia para recordar a los discípulos las palabras del Señor, que confortarían sus corazones con la sensación nueva de aquella omnisciencia que ya conocían y de aquel amor que los guardaba. Hasta ese momento no se había suscitado la necesidad de hablar de estas cosas, pues el Señor estaba presente para guardarlos. Eran cosas que pertenecían al tiempo de su ausencia, no de su presencia.

Necesidad de la partida de Cristo

Jn 16:5-7

Si los discípulos tenían que ser instruidos en la mente del Señor, era necesario que él se fuera y viniera el Consolador. El Señor les reconoció el afecto que le tenían y también compartía con ternura el dolor que llenaba su corazón cuando pensaban que se tenían que separar. Sin embargo, les dice: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros». La incapacidad de reconocer la enorme bendición que eso supone para nosotros y para la gloria de Cristo, no debería rebajar nuestra estima por el don del Espíritu, sobre todo cuando vemos lo mucho que lo valora el Señor. No hay duda de que para ellos la compañía divina fue de mucha bendición en su senda terrenal, dado que pudieron ver las obras poderosas del Señor y escuchar sus palabras de amor, contemplar sus excelencias y experimentar su cuidado. Su partida iba a significar una mayor ganancia, porque con la venida del Espíritu los creyentes son guiados hasta un conocimiento más hondo de Cristo y a valorar más profundamente sus atributos, sobre todo a conocer al Hombre exaltado en la gloria.

Conocer por el Espíritu al Cristo glorificado debería ser un privilegio mayor que conocer al Cristo terrenal, según la carne, ya que esto supone una unión con él en la resurrección, algo que era imposible que se diera cuando estaba aquí. La unión con el Hombre celestial es un privilegio más grande que la compañía del Hombre terrenal, y estar ocupados en el dolor de la inmediata pérdida del Señor es lo que cegó los ojos de los discípulos a la bendición que Dios les tenía reservada a través de los sufrimientos.

Se puede deducir de todo ello un principio de aplicación general: preocuparnos por las actuales circunstancias dolorosas ocultará de nuestra vista los propósitos que Dios quiere cumplir a través de ellas para bendecirnos en un futuro. La preocupación de los discípulos por

su dolor ocultó de ellos el hecho de que, con la partida del Señor, él se iba para inaugurar el camino a la revelación de todos los infinitos consejos de Dios para la gloria de Cristo y la bendición de su pueblo.

Así suele suceder, que al estar ocupados en las circunstancias que más nos duelen pasamos por alto la bendición y la holgura del alma que Dios se ha propuesto darnos, guiándonos a través de estas mismas circunstancias y olvidamos aquel versículo que dice: «Cuando estaba en angustia, tú me hiciste ensanchar» (Sal 4:1).

Exposición sobre el mundo presente

Jn 16:8-11

A partir de este momento del discurso, el Señor retoma la enseñanza de los dos últimos versículos de Juan 15, en lo que respecta a la venida del Espíritu Santo. En el ínterin de estos dos pasajes, el Señor habló del testimonio de los discípulos y de la persecución que pronto sobrevendría. Ahora vuelve al tema con las palabras «cuando él venga», una expresión utilizada antes en Jn 15:26 y 14:13, empezando en cada pasaje con una nueva fase de la enseñanza. En Jn 16:8, su venida es la demostración del verdadero carácter del mundo. En Jn 16:13 el creyente es guiado a la verdad sobre otro mundo, que antes de ser revelada el Espíritu le expone el carácter real de este.

«Cuando él venga, redarguirá al mundo de pecado, de justicia y juicio». No hay ninguna duda sobre quién recibe esta demostración, y queda afirmado el hecho de que la presencia del Espíritu Santo demuestra cuál es el auténtico carácter del mundo. En realidad, no es el mundo en sí el que recibe esta prueba, sino aquellos en quienes mora el Espíritu, si bien ellos utilizan lo que han aprendido para testificarle cuál es de veras su estado.

La presencia del Espíritu no constituye ninguna prueba para el mundo, que ya fue probado cuando Cristo estuvo presente, de manera que pudo ver sus obras de gracia y escuchar sus palabras de amor. El Señor hace un resumen del resultado de esta prueba, diciendo: «Me han aborrecido a mí y también a mi Padre». Cuando el Espíritu venga, el mundo no le podrá recibir porque no le verá ni le conocerá, pero para los creyentes, en los que va a morar, desvelará el resultado de la prueba, de forma que enseñados por él no tengan ningún concepto falso sobre el mundo. Por la enseñanza del Espíritu sabrán cuál es su auténtico carácter, tal como Dios lo ve y demuestra con respecto al pecado, la justicia y el juicio. El alma tiene esta convicción sin necesidad de hacer ningún tipo de abstracción, puesto que apela directamente al Señor Jesús y a los principales hechos de su historia.

El estado del mundo es probado, antes que nada, con respecto al pecado. La presencia del Espíritu es en sí una prueba de su maligno estado, pues si no hubiera rechazado a Cristo el Espíritu Santo no estaría aquí. Su presencia es la prueba de que le ha aborrecido y expulsado, crucificando al Hijo de Dios. Tanto el judío como el gentil se unieron en representación del poder religioso y político para decir «crucifícale», y por consiguiente el mundo no cree en Cristo, lo que constituye un acto solemne y demostrable de que está en pecado. Podríamos llegar a entender que el mundo no tenga fe en nadie, pero si no cree en Cristo, en quien no halló culpa alguna, es una prueba evidente de que lo domina un principio maligno que Dios denomina pecado.

La demostración final y absoluta de que el mundo está en pecado puede verse, no en el hecho de que los hombres hayan transgredido ciertas leyes divinas, contaminado el templo de Dios o apedreado a los profetas, sino en que los hombres culpables rehusaron de manera formal

creer en el Hijo encarnado cuando Dios manifestó toda su gracia, amor, poder y bondad en él para ocupar su lugar. He aquí el hecho más destacable que viene a demostrar el pecado del mundo. Sea cual sea la clase de justicia que pueda aparentar en ocasiones, o los avances de su civilización y progreso, la presencia del Espíritu es la prueba demostrable de un mundo que no cree en Cristo y está bajo pecado.

En segundo lugar, la condición maligna del mundo se demuestra respecto a la justicia. La presencia del Espíritu no solo es la prueba de que Cristo está ausente, sino que está presente en la gloria. Si la ausencia de Cristo de este mundo es la mayor prueba contra el pecado, su presencia en los cielos es la mayor expresión de justicia. La maldad de los hombres alcanzó cotas inimaginables cuando colocaron al Simpecado en la cruz. La justicia estriba en que, tras ser clavado en ella, Cristo ha regresado al Padre, y por otro lado los hombres no le verán más, de modo que es totalmente legítimo Su derecho a la gloria en los lugares exaltados y oculto de los que le han odiado sin motivo, quedando así demostrado que el mundo yace bajo pecado y está falto de justicia.

En último lugar, el Espíritu presenta la prueba del juicio con el que el príncipe de este mundo fue juzgado. Detrás del pecado del hombre se halla la astucia de Satanás, pues aquel solo es una herramienta del diablo y Dios ha determinado en consejo poner a Cristo en el lugar de supremo poder en el universo. El diablo, en cambio, se ha propuesto desbaratar los planes divinos. Desde el jardín de Edén hasta la cruz del Calvario ha utilizado a los hombres como medio para llevar a cabo sus maquinaciones, pero cuando parecía que había triunfado clavando en una cruz de deshonra al que Dios había destinado a un trono de gloria, la presencia del Espíritu viene a demostrar que Dios ha triunfado sobre el pecado humano y el diabólico. El lugar glorioso donde Cristo se encuentra es la prueba de que el diablo ha sido derrotado en lo que a su poder se refiere, con un juicio definitivo y absoluto sobre él, y si es juzgado, el mundo entero vendrá también a juicio por haberle servido. El juicio no ha sido aún ejecutado sobre sus habitantes, pero a un nivel moral están ya condenados.

Este es el estado del mundo tal como lo ve Dios, demostrado por la presencia del Espíritu. Es un mundo bajo pecado, sin justicia y destinado al juicio.

La revelación del mundo venidero

Jn 16:12-15

Dejando de lado el mundo, el Señor pasa ahora a hablar de una región de la que tiene mucho que decir, aunque por el momento los discípulos sean incapaces de entenderlo. Cuando haya venido el Espíritu de verdad les revelará las cosas que están por llegar, guiándolos a toda verdad. Si en el mundo queremos ser hallados fieles testigos de Cristo, no basta con conocer su carácter real; debemos poseer también la luz de otro mundo que guíe nuestros pasos por las tinieblas del actual. Si bien el Espíritu trae a la luz las glorias del nuevo mundo, no las exhibe aún, pero cuando Cristo venga, él las exhibirá. La fe camina por el Espíritu en la actual luz de las glorias futuras, y la estrella de la mañana sale en nuestro corazón antes de que el Hijo de justicia proyecte sus rayos sobre la tierra.

El Señor no parece sugerir que la venida del Espíritu Santo fuera a alterar el curso del mundo. Su presencia lo condena y guía a los creyentes a liberarse de lo que quiere ofrecerles con la luz de las cosas que han de llegar. Muchos buscarán la ayuda del cristianismo para intentar mejorar el mundo, pero se verán decepcionados al comprobar que sus esfuerzos solo van a servir para corromperlo aún más, que la maldad seguirá camuflándose bajo una capa de barniz religioso.

Tampoco vemos que el Señor pretenda decir que la venida del Espíritu daría seguridad y prosperidad a su pueblo mientras estuvieran aquí. En ocasiones pueden existir disparidades en lo relativo a sus circunstancias y lo que los rodea, pero en lo referente a las verdaderas riquezas del mundo de los consejos del Padre, comparten una misma base. La lucha actual por el mundo de gloria es la porción de todos los santos. Sean cuales sean las circunstancias de nuestra vida, nos está permitido gozar en el espíritu de las abundantes y eternas glorias del mundo venidero al que pronto vamos a entrar.

A fin de poder llevar nuestros corazones a este mundo nuevo, leemos que el Espíritu Santo nos guiará a toda la verdad en cuanto a los propósitos divinos y en lo relativo a la gloria de Cristo en la Iglesia, a su bendición con él y a la bendición de los hombres en el reino a través del milenio, hasta llegar a las glorias del cielo nuevo y tierra nueva. La verdad está ahí para que dispongamos de ella en el poder del Espíritu Santo. En este vasto campo de acción nos guiará, pero sin forzarnos ni empujarnos a ello. La pregunta para cada uno de nosotros es la que se hizo a Rebeca: «¿Irás tú con este varón?». El siervo, que estaba listo para llevarla a Isaac —de la misma manera que el Espíritu ha venido para llevarnos a Cristo—, dijo: «No me detengáis... despachadme para que me vaya a mi señor»; y es lo que nosotros decimos también que es el deseo del Espíritu: no mejorar en absoluto el mundo o dar a los santos protagonismo en esta escena, sino regresar a Aquel de quien viene y tomar la Esposa para Cristo.

¡Cuántos impedimentos ponemos al Espíritu torciendo hacia caminos de nuestra preferencia, desviándonos de su dirección! Las seducciones humanas y tal vez alguna asociación religiosa pueden detenernos en este punto, y hasta que no estemos libres de ellas el Espíritu no continuará guiándonos a toda la verdad. Por lo visto, los cristianos tienen un pobre concepto de lo mucho que puede ser impedida un alma en su progreso hacia la verdad cuando tiene ataduras que las Escrituras desaprueban.

Dice el Señor que el Espíritu hace de guía, pero además repite tres veces: «Él os enseñará» (vv 13,14,15). No podemos ser nuestros propios guías a toda la verdad. Tampoco enseñarnos a nosotros mismos las cosas que han de venir, ni siquiera las que conciernen a Cristo. Dependemos enteramente del Espíritu, de ahí que rehusemos muy a nuestro pesar cualquier cosa que vaya a sernos un lazo cuando quiera guiarnos a la bendición plena. De forma muy explícita, el Señor nos cuenta el carácter triple de la bendición a la que nos guiará. El versículo 13 nos habla de lo que ha de venir; en el versículo 14 leemos de las glorias de Cristo, y finalmente, el versículo 15, pone delante de nosotros «todo lo que tiene el Padre». Esta es la bendición a la que el Espíritu quiere guiarnos si no se lo impedimos. Quiere revelarnos la dicha del mundo venidero, tomar de las glorias de Cristo y mostrarnos toda la variedad de los consejos del Padre destinados a él.

Ojalá comprendiéramos con más detalle que existe un mundo de felicidad totalmente invisible más allá de donde alcanza la mente humana: «Cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios».

El día nuevo

Jn 16:16-33

El Señor ha terminado la parte del discurso donde revela a los discípulos la gran luz de Su mente como resultado de la llegada del Espíritu Santo. A medida que acaba no habla ya del Espíritu,

sino de ese día que amanecerá con la revelación de su resurrección (16-22), del nuevo carácter de comunión que tendrán con el Padre (23-24) y la nueva forma en la que el Señor se comunicará con ellos (25-28).

Haremos bien en recordar que los dos sucesos que apuntan a ese día son la partida de Cristo para estar con el Padre y la venida del Espíritu para morar en los creyentes. En la parte del discurso que aquí acaba, ese día es visto en relación con la venida del Consolador, y en esta última parte es contemplado en relación con Cristo, con todo lo que supone su partida al Padre y su lugar con él.

v 16. Ante la mirada de los discípulos se han sucedido maravillosas comunicaciones de las glorias venideras que se revelarán con el poder espiritual, pero como los últimos momentos tocan a su fin, ellos solo tienen a Jesús como objeto de sus afectos. El Espíritu les descubrirá cuáles son esas glorias, pero no serán, como Jesús, el objeto en sí. De esta forma, el Señor mantiene ocupados sus corazones con Sus cosas cuando les dice: «Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis». De estas palabras también se desprende el hecho de que los hace partícipes de los grandes sucesos que están aproximándose, y prepara sus corazones para los cambios que se producirán.

vv 17-18. Las palabras del Señor originan ávidas consultas entre los discípulos y ponen de manifiesto que las revelaciones son para ellos un misterio. Es de destacar que a medida que progresan los discursos escasean las palabras de los once. Cinco de ellos hablan en alguna ocasión, pero desde que abandonan el aposento alto no se oye otra voz que la del Señor. Cuando eran reveladas las verdades sobre la venida del Espíritu, escuchaban en silencio lo que no acababan de comprender. Esta vez, cuando el Señor vuelve a hablar de él, son estimulados a conocer el significado de esas palabras. Hablan entre ellos y dudan de si deben expresar al Señor aquello que tienen dificultad para comprender.

vv 19-22. El Señor se adelanta a su deseo de preguntarle lo que significan Sus palabras, y así no solo arroja más luz sobre lo ya expuesto sino que les explica lo cambiados que serán sus corazones, siendo afectados por el dolor y la alegría de los importantes sucesos que ocurrirán pronto.

Las palabras del Señor hablan claramente de dos intervalos de tiempo, dando a entender que los discípulos al poco no le iban a ver, pero sí más adelante. A la luz de los acontecimientos que llegan, es como si pudiéramos deducir de estas palabras que quedan pocas horas para que el Señor los deje y desaparezca de la vista de los hombres para entrar en las tinieblas de la cruz y la tumba. Tras lo segundo, los discípulos verán al Señor, pero no como en los días de su carne y humillación, sino resucitado. Le verán para siempre en la nueva y gloriosa condición de resurrección, una vez traspasadas la muerte y la sepultura. Será el mismo Jesús, que habitó entre ellos y llevó sus debilidades —sosteniendo su fe y ganando sus corazones— quien luego vendrá y se pondrá en medio, diciendo: «Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo». Les dice lo mucho que les van a afectar estos cambios, el dolor y gozo que experimentarán. El corto espacio de tiempo en que no le verán será un intervalo de abrumadora tristeza, un tiempo de duelo y lamentación por uno que ha muerto y cuya sepultura significa el fin de sus esperanzas terrenales. El mundo, desde luego, se alegraría pensando en la victoria obtenida sobre el que ponía al descubierto sus malas acciones, pero cuando terminara el intervalo el dolor de los discípulos se convertiría en gozo.

Para hacerles entender estos sucesos, el Señor utiliza la ilustración de una mujer que da a luz. El dolor de parto tan extremado, y la transformación de la angustia en gozo con motivo del recién nacido, detallan con exactitud la súbita tristeza de los discípulos en el momento en que

el Señor haya pasado a la muerte, y el cambio repentino de que serán objeto cuando le vean otra vez, resucitado como el Primogénito de los muertos.

Cuando el Señor vuelve a aplicar esta ilustración, lo hace con más detalle: «Me veréis»; y después añade «os verá otra vez». El mundo no le verá, ni tampoco él al mundo, solo a los suyos: «Y entonces aconteció que Jesús se puso en medio, y les dijo: paz a vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado, y los discípulos se regocijaron viendo al Señor» (Jn 20:19,20).

La visión de la que habla no creo que pueda reducirse a sus fugaces visitas de los cuarenta días después de la resurrección. Se ha dicho con acierto: «El Señor resucitado y vivo se mostró a los sentidos de la vista para abrir los ojos de la fe, no al recuerdo, sino a su presencia. Era una visión cuya intensidad no disminuía, por el contrario, se volvió más clara cuanto más evidente se hacía su espiritualidad». Para todo el tiempo que dura su ausencia y nuestra permanencia en la tierra, las palabras del Señor siguen siendo las mismas desde la gloria: «Me veréis..., yo os verá». Al mirar fijamente hacia esa gloria, Esteban exclama: «He aquí veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios». Una vez más, el autor de la epístola a los Hebreos dice: «Vemos a Jesús coronado de gloria y honra».

Esta es la visión especial que da la seguridad del gozo del creyente. El Señor vivo es el gozo de su pueblo, y como su vida es eterna, este gozo permanece como algo seguro. Por consiguiente, dice: «Nadie os quitará vuestro gozo».

vv 23-24. El Señor acaba de hablar de su nueva revelación en el día nuevo que pronto amanecerá. Ahora hablará del nuevo carácter que la comunión tendrá adaptada a ese nuevo día. «En aquel día —dice el Señor— no me preguntaréis nada». Esto no significa que no nos dirigiremos al Señor, sino que tendremos acceso directo al Padre para saber las cosas. Marta desconocía la idea de hablar directamente con el Padre, ya que dijo: «Sé que cualquier cosa que pidas a Dios te la dará» (Jn 11:22). Ahora es diferente, no tenemos que apelar al Señor para que vaya al Padre rogando por nosotros, sino que tenemos el privilegio de pedir directamente al Padre en el nombre de Cristo. Hasta aquí, ellos no habían pedido nada en Su nombre, pero en aquel día lo harían y el Padre les respondería para que su gozo fuera completo. Al utilizar estos vastos recursos a su disposición, los discípulos hallarían la plenitud del gozo.

v 25. Las comunicaciones tendrán un nuevo carácter de parte del Señor. Hasta este momento ha dado casi toda su enseñanza en forma de parábolas o alegorías. En el día que pronto amanecerá, hablará del Padre sin tapujos. Así fue tras la resurrección, cuando envió un mensaje claro y conciso a los discípulos: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».

vv 26-28. Aunque el Señor nos contará sencillamente acerca del Padre, no le será necesario rogarle por nosotros, como si Aquel desconociera nuestras necesidades o no tuviéramos acceso a poder orar, pues dice: «El Padre mismo os ama». El Padre tiene todo su profundo interés puesto en los discípulos y los ama, porque ellos amaron a Cristo y creyeron que vino de Dios.

Esta parte del discurso concluye con la afirmación de las grandes verdades en las que se basa la superestructura del cristianismo: «Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre». La cristiandad profesante, a la que no le duelen prendas para alabar la vida perfecta de nuestro Señor, está abandonando con rapidez las santas demandas que implica esta afirmación de su origen divino, su misión en el mundo y su regreso al Padre, las cuales también ponen fin a la enseñanza de los discursos.

vv 27-32. Las palabras del final no son tanto una enseñanza como una advertencia contra la debilidad de los discípulos, seguidas por otras que revelan los sentimientos del corazón del Señor y por una última palabra de ánimo. Ante esta sencilla afirmación de la verdad, los discípulos

dicen: «He aquí que ahora hablas claramente y no dices ninguna alegoría». La verdad que habían podido apreciar vagamente se torna clara y precisa con las palabras del Señor. Qué poco comprendían el camino de la muerte que el Señor tomaba para ir al Padre: «¡Ahora creéis!» Creer sí creían, pero como suele ocurrirnos a nosotros, sabían muy poco lo débiles que eran. El Señor tiene que avisarles que se acercaba la hora, y desde luego sabrían de su llegada cuando todos fueran dispersados a su lugar de origen y abandonaran a Aquel en quien habían profesado su fe.

Llega el momento en que los compañeros que ha tenido en vida piensan solo en ellos y le abandonan en la hora de la prueba, pero él se proveerá de una nueva compañía que le amará y le apoyará: «El Padre está conmigo». Como en aquella vieja escena reflejo de otra mayor, donde vemos a Abraham e Isaac encaminándose al monte Moria (Gn 22:6). Ahora el Padre y el Hijo marcharán juntos al aproximarse el gran sacrificio.

v 33. Si el Señor los advierte de sus debilidades, no los dejará sin una última palabra de ánimo y consuelo. Por numerosos que sean los fallos que tengamos que deplorar en nuestra vida y las pruebas que todavía tengamos que pasar, en Cristo tendremos paz. Los discípulos verán muchos defectos en ellos y el mundo los cuestionará, pero en Cristo tendrán un recurso infalible y le podrán confiar su corazón para alcanzar la paz perfecta. El mundo podrá dejarlos con el ánimo hundido, como en breve se comprobará, pero Cristo ha vencido al mundo.

Haremos bien en alegrarnos como ellos, porque el que nos ama y vive por nosotros viene a socorrernos tras triunfar sobre el mundo. Al llegar a su final, los discursos nos dan una palabra de aliento, lo que nos permite obviar nuestros fracasos y meditar en las victorias del Señor.

JUAN 17

El ministerio de gracia de Cristo ante el mundo ha finalizado y los discursos de amor a los discípulos han terminado. Estando todo concluido en la tierra, el Señor dirige la mirada al cielo, el hogar al que pronto entrará. Hemos escuchado las palabras que el Señor dijo a los discípulos del Padre, y ahora es nuestro privilegio escuchar las palabras del Hijo cuando habla al Padre de ellos.

Esta oración es una singular plegaria como no hay otra, con motivo de la gloriosa Persona que la pronuncia; solo ella dijo: «Para que sean uno, así como nosotros»; «Que ellos sean uno en nosotros». Dichas expresiones jamás brotaron de labios humanos. Neguemos la divinidad de su Persona y estas palabras se tornarán las blasfemias de un impostor. La oración es singular también con motivo de su carácter excepcional. Se ha señalado que no contiene ecos de confesión de pecado, ningún tono de sentimiento de culpa o defecto, y ninguna insinuación de inferioridad o súplicas de auxilio.

Nos sentimos atraídos por su transparencia al escuchar a Uno que habla de una eternidad anterior a la fundación del mundo, habiendo participado en ella en un pasado glorioso. Le oímos hablar de su camino perfecto en la tierra y nos transporta hasta los días apostólicos quien conoce el futuro como un libro abierto. Al expresar sus deseos para los que creerán por medio de los apóstoles, escuchamos palabras que abarcan todo el periodo del peregrinaje de la Iglesia. Finalmente, somos llevados en pensamiento a una eternidad aún futura, cuando estaremos con Cristo y seremos como él.

Mientras prestamos atención a los solícitos deseos del corazón del Señor, sentimos que estos tienen en cuenta nuestro paso por este mundo, y sin embargo somos transportados más allá del tiempo para contemplar la eternidad inmutable. Pese a la necesidad del lavamiento de pies y la aportación de fruto, y del privilegio de testificar y sufrir por Cristo, hay cosas más importantes que aunque podamos conocer y gozar ahora pertenecen a la eternidad. La vida eterna, el nombre del Padre, sus palabras y amor, el gozo de Cristo, la santidad, la unidad y la gloria, etcétera, son cosas que perdurarán cuando el tiempo haya dejado de existir, junto con el lavamiento de pies, las oportunidades de servicio, las pruebas y los padecimientos.

Escuchando esta oración nos damos cuenta de cuáles son los deseos del corazón de Cristo, de manera que el creyente puede expresar: «Conozco los deseos de su corazón para mí». Y así es como debe ser, dado que la oración perfecta expresa los deseos del corazón. Nuestras oraciones son a menudo formales y solo vienen a expresar aquello que nos gusta que otros piensen sobre el deseo de nuestro corazón, pero en esta oración no existe ningún elemento de formalidad, la plegaria es perfecta como Aquel que la hace.

En ella se presentan muchas peticiones al Padre, que al parecer caen bajo tres deseos predominantes del Señor y trazan las principales divisiones de la oración.

Primero, está el deseo de que el Padre sea glorificado en el Hijo (vv 1-5).

En segundo lugar, el deseo es que Cristo sea glorificado en los santos (vv 6-21).

Y el tercer y último de los deseos, que los santos sean glorificados con Cristo.

El Padre glorificado en el Hijo

Jn 17:1-5

Toda expresión de rogativas ofrecidas en los primeros cinco versículos del capítulo 17 tienen como objeto la gloria del Padre. Ya sea que la oración tenga presente al Hijo sobre la tierra o en la cruz —entre cielo y tierra—, su primer gran deseo es el de glorificar al Padre. Un motivo así de puro es incomprensible para el hombre caído, pues lo natural es que piense en utilizar su poder para glorificar el yo. Esto fue lo que pensaron Sus hermanos en la carne cuando dijeron: «Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo» (Jn 7:4). ¿Qué significa eso sino lo mismo que «utiliza tu poder para glorificarte»? ¿No demuestra al hombre que utiliza el poder que le confían sus semejantes para glorificarse a sí mismo? La primera cabeza del poder gentil abraza su caída con estas palabras: «¡Mirad la gran Babilonia que he construido como capital del reino, la he construido con mi gran poder, para mi propia honra!» (Dn 4:30); pero todo el cielo se une para decir: «El Cordero que ha sido inmolado es digno de tomar el poder». Únicamente él utiliza el poder para la gloria de Dios y la bendición del hombre. El Señor desea una gloria mayor que la que pueda ofrecer este mundo: «Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiese». Con esta gloria mayor desea poder glorificar al Padre.

v 2. El poder ya se le había dado en la tierra y lo manifestó resucitando a Lázaro, usándolo para la gloria divina: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» (Jn 11:40). El Señor ruega ahora por una gloria que se corresponda con la de su poder, un poder que se le había dado sobre toda carne para glorificar a Dios y llevar a cabo los propósitos divinos. En este mundo vemos el terrible poder de la carne energizada por Satanás; sin embargo, y para nuestro consuelo, sabemos por esta oración que un poder más elevado se le ha dado al Señor a fin de que ningún otro, por maligno que sea, impida a Cristo llevar a cabo los consejos divinos de ofrecer la vida eterna a cuantos el Padre ha querido entregar al Hijo.

v 3. Esta vida tiene su colofón en el conocimiento y gozo de nuestras relaciones con el Padre y el Hijo; no es como la vida natural, que se limita al conocimiento y disfrute de las cosas naturales y a las relaciones humanas. Esta vida, no confinada en la tierra ni ligada al tiempo, a la que la muerte tampoco puede poner fin, nos capacita para conocer y gozar de la comunión con las Personas divinas, transportándonos fuera del mundo y apartándonos de esta escena para cruzar los límites temporales y alcanzar las regiones eternas.

v 4. Si el deseo del Señor es glorificar al Padre en un nuevo lugar en el cielo, eso ya lo ha hecho en su camino terrenal y con sus sufrimientos en la cruz. ¿Quién, salvo el Señor, podía mirar al cielo y decir al Padre «te he glorificado en la tierra»? El hombre caído, que fue hecho a imagen y semejanza de Dios como su verdadero representante ante el universo, le ha deshonrado en la tierra. Si el mundo tiene que formarse una idea de Dios a partir del hombre caído, la conclusión a la que llegará será que es un Ser cruel, egoísta y rencoroso que carece de inteligencia, amor y compasión. Esa es, desde luego, la terrible conclusión que alcanzaron los paganos asumiendo que debía de ser igual a ellos, lo que explica que se hicieran dioses crueles, egoístas e indeseables: «Cambiaron la gloria del incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible». En lugar de glorificarle con una representación verdadera de Él, los hombres le han traído deshonra en este mundo, pero si volvemos la vista del hombre caído al Hombre Cristo Jesús, vemos al que glorificó a Dios con cada paso que dio. No había aún nacido cuando las huestes celestiales dijeron al contemplar a su Hacedor: «Gloria a Dios en las alturas». Al final de su camino, el Señor dice al Padre: «Te he glorificado en la tierra». Manifestó de manera plena el carácter de Dios y mantuvo en integridad todo lo que le era debido, su gloria delante del universo. Dios se manifestó en Cristo encarnado, visto por los ángeles y los hombres, y él no solo le glorificó en su camino terrenal, sino que además lo hizo en la cruz: «He llevado a

término la obra que me diste a realizar». Allí fue donde mantuvo la justicia divina en relación con el pecado, donde exhibió el amor de Dios al pecador.

Cristo habla aquí de la humanidad perfecta con la que se humanó. Como Hombre glorificó a Dios y consumó la obra que le había encomendado, y como creyentes tenemos el privilegio de andar como él anduvo. Estamos aquí para manifestar la gloria divina y acabar la obra que se nos ha confiado, sin olvidar jamás que la que él vino a hacer es independiente de la nuestra. Nadie excepto el Hijo pudo emprender y consumir su gran obra.

v 5. En este versículo escuchamos las peticiones de las que el hombre no participa. El Señor habla como Hijo eterno, presentando peticiones de las que solo Uno que es Dios puede participar. En primer lugar, dice: «Padre, glorifícame tú». Nos gustaría poder tener ya los cuerpos de gloria y que Cristo fuera glorificado en nosotros (2Ts 1:10), que pudiéramos decir «glorifica a Cristo en mí», pero aparte de una Persona divina, ¿quién más pudo decir *glorifícame?*

En segundo lugar, la oración sube a un plano superior cuando el Señor añade: «Al lado tuyo». Solamente el Hijo eterno, que moró en el seno paternal, podía pedir aquella gloria en semejanza con el Padre. Aquel que habla de esta manera reclama para sí la igualdad con él.

Cuando procede a hablar de «aquella gloria que tuve», se refiere a una gloria que poseía en la eternidad, no a una gloria que recibió, sino la que ya tenía como persona divina. Por eso dice «aquella gloria que tuve contigo», una expresión que no solo implica su divinidad, sino también una distinción personal en el seno de la deidad. Finalmente, se refiere a esa gloria como la que tenía con el Padre antes de que el mundo existiera, una gloria fuera del tiempo y perteneciente a la eternidad, y él, una Persona divina, distintiva y eterna de la deidad. Se ha dicho con acierto: «Le escuchamos hablar y somos plenamente conscientes de que él era antes del mundo, y de que poseía una gloria en la comunión eterna con Dios».

Cristo glorificado en los santos

Jn 17:6-21

El primer deseo que el corazón de Cristo antepone a todos los otros deseos es asegurar la gloria paterna. Este es el objetivo importante en la primera parte de la oración. El segundo deseo de su corazón es que sea glorificado en los santos: «He sido glorificado en ellos». Por lo visto, esto es algo que subyace a las peticiones de esta nueva parte de la oración.

En su andadura, el Señor glorificó al Padre en el cielo. Ahora que va a tomar su lugar allí, desea que los discípulos le glorifiquen en su camino terrenal, y conduce felizmente sus pasos por donde Sus pies habían pisado anteriormente delante del Padre.

vv 6-8. En los versículos de esta parte de la plegaria el Señor llama por su nombre a los que él presenta en súplicas, haciendo la oración en su honor y revelando aquello que hace tan valiosos a los discípulos.

Ellos forman un pequeño grupo sacado del mundo y ofrecido por el Padre a Cristo, a raíz de lo cual son amados por él como un don. El Señor también reveló a esta compañía el nombre paterno. En las Escrituras, el nombre nos habla de la personalidad de la persona portadora del mismo. Cuando Moisés fue enviado por Jehová a Israel, adujo que le preguntarían por el nombre del que le enviaba, lo que equivalía decir que si lo revelaba hubieran sabido su identidad. Por lo tanto, manifestar el nombre del Padre es declarar a todos quién es él. No solo ha declarado el Señor al Padre, sino que dio a sus discípulos las palabras que él le había dado. Compartió con ellos las comunicaciones que recibió para que supieran cómo es el Padre en su amor y santidad,

además de conocer su mente a través de estas palabras. Si la Palabra revela qué es él, sus palabras revelan su mente y pensamientos.

Son una compañía que por gracia ha respondido a estas revelaciones. El Señor dice de ellos que «han guardado tu palabra»; «han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti»; «les he dado las palabras que me diste, y ellos las recibieron».

vv 9-11. Habiendo nombrado a quienes son objeto de su plegaria, el Señor nos aclara por qué ruega por ellos. Teniendo presente al Padre, declara «tuyos son» como la primera razón para pedir por ellos. Antes ya había dicho «tuyos eran y me los diste», pero no se detiene ahí. Nunca cesaron de ser del Padre porque se los hubiera dado al Hijo, al contrario: «Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío». Sobre esta doble afirmación rica en significado, Lutero dijo una vez: «Podemos decir a Dios “todo lo mío es tuyo”, pero ningún ser creado podrá atreverse a decir “todo lo tuyo es mío”. Son palabras reservadas únicamente a Cristo».

Una segunda razón importante para rogar por sus discípulos era que él ha sido glorificado en ellos. Nosotros somos dejados en este mundo como representantes del que se ha ido a la gloria, pero la medida en que es apreciado por su pueblo es en la que será glorificado ante el mundo.

Hay otra razón que suscita la oración del Señor. Cristo ya no estará en el mundo para proteger a los suyos con su presencia. Marchará al Padre y ellos serán dejados en un lugar de maldad que le odia, por lo tanto es necesaria la oración que el Señor hace en nombre de ellos.

v 11. En la última parte del versículo, terminamos de escuchar las razones para la oración del Señor y oímos determinadas peticiones hechas al Padre, que tienen cuatro rasgos principales. En primer lugar, desea que los discípulos sean guardados en santidad; a continuación, que sean uno y los guarde del mal; y por último, que los santifique. Al instante nos damos cuenta de lo necesarias que son estas peticiones, pues si Cristo tiene que glorificarse en los suyos es preciso que sean de una naturaleza santa, que estén unidos de corazón y separados del mal, santificados para el uso que el Señor quiera hacer de ellos.

La primera petición es que sus discípulos sean guardados de acuerdo al nombre santo del Padre. Eso implica mantenerlos en la santidad que demanda su naturaleza. Pedro, en su epístola, debió de pensar en ello al exhortar a quienes invocan al Padre para que sean santos en todas las esferas de su vida.

Con el segundo deseo expresado con las palabras «que también ellos sean uno en nosotros», es importante recordar que la santidad viene antes de la unidad, pues existe el peligro de buscar la unidad sacrificando la santidad. Esta es la primera de las tres unidades a las que alude el Señor en la oración. Se trata, ante todo, de la unidad de los apóstoles. El Señor desea que sean «uno como *Nosotros*», una unidad de objetivos, pensamientos y propósitos como la que existe entre el Padre y el Hijo.

vv 12-14. Entre la segunda y tercera petición se nos permite escuchar al Señor presentando al Padre las razones por su intercesión. Mientras estaba en el mundo, guardó a los discípulos en el nombre del Padre y de todo el poder del enemigo. Ahora que se va a Él, nos permite escuchar sus palabras y ver que no levanta la guardia, aunque sí cambia de método. Antes de marcharse, quiere que sepamos que somos puestos bajo el tierno cuidado del amor paterno.

Eso lograría que el gozo de Cristo se cumpliera en los discípulos. Así como anduvo gozando abiertamente del amor del Padre, quiere que nosotros también andemos gozosos de saber que el Padre nos cuida y nos ama con el mismo amor inmutable y eterno que nos ha mostrado el Hijo.

El Señor ofrece a los discípulos la palabra del Padre, la revelación de sus consejos eternos. Al entrar nosotros en estos consejos bebemos del manantial de sus delicias, que al ensanchar su cauce nos transporta a través de las edades milenarias hasta el mar de la eternidad.

Los discípulos no solamente se gozarían de saber, como el Hijo, que estaban bajo el amor protector del Padre, sino que iban a conocer también la bendición que ese amor se ha propuesto darles. Si ellos gozaron de la porción del Hijo ante el Padre, también gozarían de su porción en relación con el mundo. El mundo odiaba a Cristo porque no era de aquí, no tenían nada en común. Fue un extraño motivado y gobernado por objetivos totalmente ajenos a esta tierra. Si le odiaron y no le comprendieron, nosotros también seremos odiados por el mundo si seguimos el camino del Señor.

Los discípulos son felizmente llevados ante el Padre a la misma posición que ocupaba el Hijo delante de él como Hombre terrenal. El nombre del Padre se revela a ellos, su palabra les es ofrecida y el cuidado paterno es otorgado como garantía. El gozo de Cristo es también el suyo, y Su humillación y extranjería son la porción de ellos en este mundo.

vv 15-16. El Señor continúa con sus peticiones. Las dos primeras están relacionadas con cosas que él desea que los discípulos hagan suyas: la santidad y la unidad. Las dos últimas están más relacionadas con cosas que desea que ellos rehuyan. Ruega por que los discípulos sean guardados del mal del mundo, no que sean quitados de él —pues el momento no había llegado aún—, y tenía trabajo que darles. Sin embargo, la maldad del mundo será siempre un peligro constante para ellos, por eso ruega que los guarde del mal.

v 17. Una separación del mal real no es suficiente, y por eso el Señor ruega también por nuestra santificación. La verdad concluyente sobre la santificación no es una mera separación del mal, sino la devoción y disponibilidad que se tienen para Dios. La santificación por la que él ruega no es la santificación absoluta que su muerte nos asegura y que nos presenta la epístola a los Hebreos. Por la oración vemos que se trata, en la práctica, de una santificación que nos hace desposeernos de todo aquello que no es propio de Dios en nuestros pensamientos, costumbres y caminos, a fin de poder ser santificados y útiles para el Dueño. Deducimos por las palabras del Señor que hay dos maneras de efectuar en la práctica esta santificación. Primero, por la verdad. El Señor habla de ella como su palabra, es decir, la palabra del Padre. Toda la Escritura es palabra de Dios, pero es probable que la palabra del Padre tenga mucho más en cuenta al Nuevo Testamento, donde se revelan el nombre, la mente y el consejo paternos. Toda declaración del nombre de Dios exige una correspondiente separación del mundo y la santificación a él. Dios declaró a Abraham: «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto» (Gn 17:1). A Israel se le reveló como Jehová, y Dios miró que sus caminos se correspondieran con este nombre. Tenían que temer el nombre glorioso y terrible (Dt 28:58), y con razón de más debía haber una santificación que se ajustase a la plena revelación de Dios como Padre.

v 18. Esta separación del mal y la santificación a Dios tienen como propósito el servicio de los discípulos, moralmente apropiado al desempeño de su misión. Esto es lo que interpretamos por las palabras del Señor: «Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo». El Señor veía a los discípulos como él en Su posición delante del Padre; ahora los ve ocupando Su lugar ante el mundo.

v 19. Hay otra forma de efectuar nuestra santificación. El versículo 17 nos explica el efecto santificador de la verdad. Aquí habla el Señor de santificarse a sí mismo para que nosotros seamos santificados por la verdad. Se separa en la gloria para convertirse en el objeto que atrae nuestros corazones fuera del mundo. Poseemos no solo la verdad que ilumina nuestras mentes,

que escudriña nuestras conciencias y nos da ánimos en el camino, sino también, con Cristo en la gloria, a una Persona divina que ejerce un poderoso control en el corazón. Atraídos por sus bondades y guardados por su amor, nos veremos cada vez más santificados por la verdad que se manifiesta en él de manera tan expresiva.

vv 20-21. Llegados a este punto de la oración, el Señor piensa en todos aquellos que creerán por la palabra de los apóstoles. Contempla todas las épocas y reúne bajo la esfera de sus peticiones a aquellos que formarán su asamblea. En relación con este círculo mayor, el Señor añade una segunda petición de unidad, algo diferente de la primera, donde antes quedaba limitada a los apóstoles y exhortaba a que fueran «uno como *Nosotros*». Esta vez se contempla un círculo más amplio para que ellos puedan ser «uno *en Nosotros*». Es una unidad formada por su común interés en el Padre y el Hijo. En la posición social que ocupen, y entre sus capacidades intelectuales y posesiones materiales podrán existir (de hecho existirán) grandes diferencias, pero el Señor ruega que «en nosotros» —en el Padre y en el Hijo— ellos puedan ser uno. Esta unidad tenía que ser un testimonio al mundo y una prueba evidente de que el Padre tuvo que haber enviado al Hijo para obtener un resultado así. ¿No fue Pentecostés, en parte, una respuesta a esta oración cuando la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma?

Los santos glorificados con Cristo

Jn 17:22-26

Al comenzar su oración, el Señor ruega por la gloria del Padre. Más adelante piensa en los suyos rogando para que en el tiempo de su ausencia puedan ser guardados para Su gloria, y él glorificado en los santos. Al concluir la oración, el Señor lleva sus pensamientos a la gloria que ha de llegar, y ruega que los suyos sean glorificados con él.

v 22. Con este fin en vista, el Señor dice: «Yo les he dado la gloria que me diste». La gloria que se da a Cristo como Hombre es la que él asegura y comparte con los suyos. Es la gloria que les ha dado para que sean una unidad, que de tan perfecta como es nada menos que el modelo paternofamiliar puede darle validez. Dice el Señor: «Para que sean uno, así como nosotros somos uno».

v 23. Las palabras que vienen a continuación nos cuentan de qué forma los santos llegan a ser perfectamente uno, y también la gran meta que hay detrás. El Señor indica cómo se consigue esta unidad: «Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti». Estas palabras nos dirigen a la gloria, cuando Cristo será perfectamente manifestado en los santos, de igual forma que el Padre es manifestado perfectamente en el Hijo. ¿Qué ha echado a perder la unidad de los santos de Dios, dividiéndolos y dispersándolos por toda la tierra? ¿No lo ha causado la permisividad de todo aquello que no es cristiano? Aunque en algún momento concreto todos los santos hubieran querido expresar únicamente a Cristo, apenas se habría notado lo suficiente la unidad de la que habla el Señor en estos versículos, ya que se necesitaría nada menos que la compañía entera de los santos en la gloria para manifestar de manera apropiada la plenitud cristiana (Ef 1:22,23). Solamente entonces será visto en su pueblo, cuando todos «lleguemos a la unidad de la fe y el pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro y a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef 4:13). Los santos que estuvieron separados y divididos en la tierra serán perfectamente uno en la gloria: «Juntamente dan voces de júbilo, porque ojo a ojo verán que Jehová retorna a Sion» (Is 52:8).

La gran meta de esta unidad perfecta es la manifestación de la gloria de Cristo ante el mundo como el enviado del Padre, y el amor del Padre por los discípulos. Cuando el mundo vea a Cristo en gloria y mostrado en su pueblo, sabrán que al que ellos despreciaron y aborrecieron era realmente quien el Padre envió, y se darán cuenta de que los santos, a quienes ellos rechazaron y persiguieron, son amados por el Padre y con el mismo amor con el que Cristo es amado.

v 24. Hay una gloria más allá de la gloria que se manifestará al mundo y de la bendición milenaria de la tierra: la gloria de un círculo íntimo de bendición celestial donde los santos tendrán su parte. El Señor dice de ellos: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy también ellos estén conmigo». El Señor había revelado anteriormente en sus discursos el gran deseo de su corazón para recibirnos, para que donde él está podamos nosotros estar. Y una vez más, al tocar la oración a su fin, se nos recuerda el deseo de su corazón.

Aunque será nuestro el privilegio de estar con él allí, siempre habrá una gloria personal exclusiva de Cristo que nosotros contemplaremos pero nunca compartiremos. Cristo, en calidad de Hijo, siempre tendrá un lugar exclusivo con el Padre. Son una gloria y un amor especiales, un amor que gozó antes de la fundación del mundo, y el conocimiento de ello es extraordinario. Dice el Señor: «Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido». Los santos conocerán que Aquel al que pertenecen esta gloria, amor y conocimiento especiales es el mismo que fue enviado por el Padre para revelarle. Lo que los distingue de este mundo decadente es que ellos saben discernir que el Hijo fue quien el Padre envió.

v 26. El Señor declara a los suyos el nombre paterno, y la declaración del nombre revela el amor del Padre, así como el conocimiento de que este amor, siempre disfrutado y conocido por el Señor en su camino, pueden conocerlo y disfrutarlo los discípulos. Si este amor está en ellos, Cristo ocupará un lugar en sus afectos y permanecerá con ellos. Al escuchar la última expresión de esta oración, el deseo que tiene Cristo de estar en su pueblo llena nuestros pensamientos. No hay ninguna duda de que el deseo de su corazón será satisfecho en la gloria futura. Pero además, por todo lo que se desprende de los últimos discursos y la última oración, Cristo debería ser vivamente manifestado en su pueblo desde ahora. Para este fin son lavados nuestros pies y consolados nuestros corazones, llevan fruto nuestras vidas y son instruidas nuestras mentes. Por todo ello, el Señor nos permite escuchar su última oración, que termina con las palabras YO EN ELLOS.